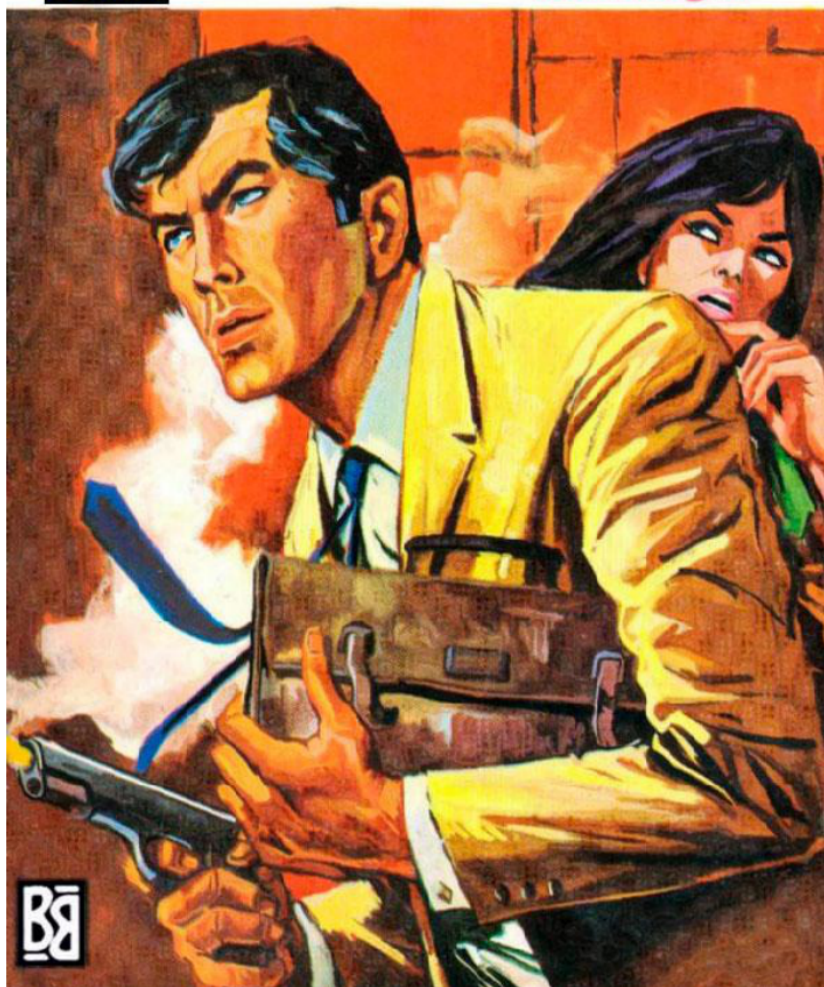


PUNTO
ROJO

un armario macabro

kelth luger



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

UN ARMARIO MACABRO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 343

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 31.822 - 1968

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: noviembre, 1968

© KEITH LUGER - 1968
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA - 1968
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Madeleine Lalou dio un suspiro de alivio.

Por fin había llegado.

El anuncio decía: «Motel Servan. Tres kilómetros».

Madeleine había pasado la mañana pintando, bajo un sol de fuego, aquel paisaje montañoso que le llamó la atención.

Ésa era su profesión. Pintora.

Sólo estaba en los comienzos, pero algún día sus cuadros serían tan famosos como los de Picasso. Uno de los mejores críticos de París le había dicho: «Tiene usted enormes posibilidades». Claro que, en honor a la verdad, cuando aquel crítico dijo aquellas palabras, Madeleine notó que él la estaba repasando con la mirada de pies a cabeza.

Al diablo con su pesimismo.

Los hombres no dejarían nunca de ser hombres, y ella era la primera en darse cuenta de que poseía un buen tipo y una cara mona.

En fin, allí estaba el motel.

Detuvo el coche junto a la oficina central.

—Buenos días —dijo el hombre que estaba detrás del registro.

El la estaba observando. Era pequeñajo, gordito, carirredondo, con ojos saltones.

—Soy Jean Servan, el dueño del motel.

—Mi nombre es Madeleine Lalou. Le envié un telegrama hace dos días desde Montecarlo.

—Oh, sí. Aquí lo tengo. Le reservamos el *bungalow*, señorita Lalou. Pero no hacía falta que hubiese mandado el telegrama. Tenemos muchas habitaciones disponibles. Todavía estamos fuera de temporada. Hasta el mes próximo no empiezan a llegar los turistas.

Jean Servan le entregó la llave.

—Es el *bungalow* número nueve.

—Gracias.

—¿Se quedará mucho tiempo, señorita Lalou?

—Un par de días.

—Estupendo. Deseo que su estancia sea grata.

—Muy amable.

Madeleine se retiró.

Dejó su auto en la cochera y tomó la maleta y su fin de semana.

Entró en el *bungalow*.

El *living* era amplio, con un tresillo, una chimenea, un aparato de televisión. Todo perfecto.

Pasó al dormitorio y dejó su equipaje en el suelo.

La cama era doble, de matrimonio.

Eso le hizo recordar a Roger Chapsal, el periodista que una semana antes le había pedido que fuese su esposa.

Ella le había respondido que se disponía a hacer un viaje y que le respondería a su regreso.

Roger era un tipo estupendo, un maravilloso camarada, pero ¿podría ser un esposo?

Bueno, ella no podía responder a tal pregunta porque nunca había pasado por la experiencia.

Después de todo, era muy joven. Veintitrés años.

Chapsal le había hecho prometer que pensaría en él y la verdad es que había pensado muy poco en el periodista.

Si ahora él apareciese para preguntarle: «¿Ya te has decidido?», ella tendría que contestarle: «No, todavía no».

Prometió pensar más en Roger.

Contra la pared había un armario.

Era grande, con cuatro puertas.

Madeleine puso la maleta en la cama.

Sacó un par de vestidos y se dirigió hacia el armario, cuya llave estaba puesta.

Abrió la puerta central para colocar allí sus vestidos.

Pero se quedó sin movimiento.

Fría, sin sangre en las venas.

Allí había un hombre muerto.

Colgado de una percha.

Tenía los ojos semicerrados, en blanco, y la sangre, ya seca, le

manchaba la cara.

Madeleine dejó caer los vestidos en el suelo y echó a correr, mientras su garganta lanzaba un aullido de terror.

Abrió la puerta del *bungalow* y corrió hacia la oficina.

Por un momento pensó que estaba al otro extremo, al final de la hilera.

—¡Señor Servan...! ¡Señor Servan...!

Entró en la oficina.

El señor Servan había salido del registro.

—¿Qué pasa, señorita Lalou?

—¡Un muerto!

—¿Cómo?

—¡Hay un muerto en mi *bungalow*!

—Señorita, eso es absurdo...

—¡Le juro que hay un muerto en el armario del dormitorio! ¡Lo descubrí al abrir la puerta para colgar mis vestidos...!

—Pero eso es increíble.

—También me lo dije yo en el primer momento.

—Señorita Lalou, ese *bungalow* no ha sido alquilado desde ayer.

—¡Alquilado o no desde ayer, allí hay un muerto, señor Servan...! ¡Avisé inmediatamente a la policía!

—Disculpe, pero tendré que hacer la comprobación.

—¿A qué comprobación se refiere?

—Naturalmente, a lo que está diciendo.

—¿Es que no me cree?

—Lo siento, señorita, pero llamar a la policía es un asunto muy grave.

—Con que no cree que hay un muerto, ¿eh...? ¡Venga conmigo!

—La acompañaré con mucho gusto.

—No dirá lo mismo cuando llegue al *bungalow*.

Servan salió con Madeleine.

Al llegar al *bungalow* número nueve, la joven señaló la puerta que había dejado abierta.

—Entre usted primero, por favor, señor Servan.

—Desde luego.

Madeleine fue detrás del señor Servan.

Cruzaron el *living* y entraron en el dormitorio.

La puerta del armario seguía abierta y Madeleine se quedó más

asombrada que nunca.

Sus vestidos colgaban de la percha.

Y no había ningún muerto.

—¿Dónde está el cadáver, señorita Lalou? —preguntó Servan después de mirar el interior del armario—. Oh, sí, en cualquiera de los otros departamentos...

Madeleine se había quedado sin habla.

Servan abrió la puerta de la derecha. Estaba vacío. Abrió también la de la izquierda. Vacío también.

Entonces se volvió hacia la joven.

Madeleine extendió la mano hacia el cuerpo central del armario en donde colgaban sus vestidos.

—El muerto estaba ahí...

—No comprendo.

—Lo comprenda usted o no, repito que estaba ahí...

—Yo veo solamente un par de vestidos femeninos. Imagino que serán suyos.

—Sí, son míos. Pero yo no los puse en las perchas.

—¿No? ¿Y quién los puso? No me irá a decir que fue el muerto.

—Señor Servan, no me gustan los chistes macabros.

—Perdone, señorita Lalou. —Servan se acercó a la joven—. Ha sufrido una alucinación.

—¿Usted cree?

—¿A qué se dedica, señorita Lalou?

—Soy pintora.

—¿Trabajó durante el día?

—Sí.

—¿Dónde?

—A unos cincuenta kilómetros de aquí.

—Y apuesto a que le dio el sol...

—¡No tiene nada que ver eso con el muerto que yo vi!

—Sólo quería explicar su...

—Mi alucinación.

—Sí, señorita. El sol hace mucho daño y, seguro que usted no tomó la precaución de ponerse un sombrero... No se preocupe. Le traeré algo... ¿Quizá unos comprimidos para el dolor de cabeza?

—¡No los necesito, porque no me duele la cabeza!

—¿Alguna bebida? ¿Un martini con hielo?

—Está bien, señor Servan. Un martini con hielo.

Madeleine decía eso por librarse de Servan. Estaba segura de que aquel hombre la estaba tomando por una chiflada.

—Voy a por el martini, señorita Lalou.

Servan salió del *bungalow*.

Al quedar a solas, Madeleine cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir.

¿Habría sido una alucinación? No, no, estaba segura de que fue realidad. El muerto estaba allí, colgando de la percha con la cara manchada de sangre seca.

Estuvo tentada de marcharse.

Pero ¿no quedaría en ridículo ante Servan? ¿Y si, al fin y al cabo, fuese efecto del sol como él había dicho?

Ya estaba dudando.

Y eso era malo, muy malo.

Se tendió en la cama y se dio cuenta de que estaba demasiado rígida, de que no había podido relajarse.

Llamaron a la puerta del *bungalow*.

Era Servan que volvía con su martini.

—Pase. Está abierto —dijo.

Se abrió la puerta y oyó los pasos.

—Estoy aquí, señor Servan.

Los pasos se acercaban a la puerta del dormitorio que estaba abierta.

—Buenas tardes.

La voz no era la del señor Servan.

Madeleine se levantó de la cama.

Y otra vez su sangre empezó a quedarse helada.

El hombre que estaba en el hueco de la puerta, sonriéndole, era el mismísimo muerto, el que había visto dentro del armario...

CAPÍTULO II

—¿Usted...? —dijo Madeleine y su voz era un susurro.

Aquel hombre miró a sus espaldas y luego otra vez a la joven.

—Sí, soy yo —seguía sonriendo—. No hay nadie más conmigo.

—¿Cómo a entrado aquí?

—Perdone, pero llamé a la puerta y usted dijo que entrara.

Era alto y sus facciones resultaban simpáticas, el cabello rubio, los ojos verdosos. Sus labios esbozaban una sonrisa.

Madeleine señaló el armario.

—Usted estaba ahí dentro.

—¿Cómo?

—Lo encontré ahí dentro cuando llegué.

—No entiendo.

—Tenía la cara llena de sangre.

El desconocido se tocó la cara.

—Por fortuna, no tengo ninguna herida.

—La tenía cuando estaba ahí dentro... Y usted estaba muerto. Tenía los ojos en blanco...

—Perdone, señorita, pero me está asustando...

—No lo estoy asustando, porque no lo demuestra. ¿Cuál es su nombre?

—Oh, sí, disculpe... Todavía no me presenté. Soy Guy Monnier. ¿Y usted?

—Madeleine Lalou.

—Encantado de conocerla, señorita Lalou.

—No puedo decir lo mismo con respecto a usted.

—Pues lo siento mucho.

—¿Por qué lo siente?

—Porque tengo la impresión de que es usted una joven maravillosa. A decir verdad, hace tiempo que no había encontrado una mujer tan completa.

Madeleine comprobó que, al quedar sentada en la cama, su minifalda se había subido mucho y estaba enseñando sus piernas, que, según aquel crítico de arte, eran irreprochables.

Puso los pies en el suelo y se levantó.

—¿Puedo preguntarle a qué ha venido, señor Monnier? Oh, ya sé, viene a tomar posesión de su tumba.

—¿De mi tumba?

—Del armario. Se cuelga de una percha y a seguir muerto.

Guy Monnier lanzó una carcajada.

—¿Le divierte, señor Monnier?

—Le aseguro que no había oído una frase más divertida en mi vida, y he leído a muchos escritores de humor. Pero todos son rutinarios. En cambio a usted le ha salido una frase ingeniosa y nueva.

—¿Adónde quiere ir a parar haciéndose el simpático?

—Es usted atractiva y yo soy un hombre normal. Contésteme. ¿Qué hace un hombre normal cuando encuentra a una seductora joven en su camino?

—A propósito de camino... Oiga, éste es mi *bungalow*.

—Yo lo alquilé ayer.

—Y por eso lo mataron.

—¿Cómo dice? Oh, sí, su teoría de que yo soy un cadáver. — Monnier se echó a reír—. No está mal. El cadáver que habla.

—¿Quiere dejar las bromas?

—Muy bien. Dejaremos las bromas. Estoy vivo. Nunca me mataron, y si he venido aquí, es porque olvidé algo.

—¿Qué cosa?

—Mi máquina de afeitar.

—No he visto ninguna maquinilla de afeitar.

—¿Abrió la mesita de noche?

—No. Usted no me dio tiempo.

—¿Yo?

—Señorita, ¿quién de nosotros está bromeando?

—Su cadáver.

La joven abrió el cajón de la mesilla de noche.

Efectivamente, allí había una maquinilla de afeitar eléctrica.

La cogió y se la entregó a Guy Monnier.

El la tomó y, al hacerlo, la rozó con los dedos.

Madeleine sintió un escalofrío y retrocedió instintivamente.

—¿Qué le pasa, señorita?

—Usted está helado.

—¿Como un cadáver?

—Como un cadáver.

—Según usted, ¿los cadáveres pueden hablar?

—Hay algo que un cadáver no tiene. —Madeleine hizo una pausa—. El pulso.

Guy Monnier se echó a reír mientras se dirigía a la puerta.

—¿Por qué se va, señor Monnier?

—Ya recuperaré mi maquinilla de afeitar.

La joven levantó la barbilla.

—Deje que le tome el pulso.

—¿Cómo?

—Me ha oído perfectamente.

—Oiga, pero ¿quién se cree que soy? ¿Un ser de otro planeta?

Madeleine no dijo nada.

Guy Monnier siguió sonriendo.

—¿Es aficionada a los relatos de ciencia ficción? Los autores han llevado su audacia hasta meterlos en la televisión. Todos nosotros estamos viendo en la pequeña pantalla extraños seres venidos de otras galaxias que quieren apoderarse de la tierra. Señorita, tiene usted una mente demasiado fantástica... ¿Es tan crédula para admitir semejantes tonterías?

—¿Dónde vive usted?

—En Neptuno.

—Le he preguntado en serio.

—Vivo en París.

—Y usted dice que alquiló el *bungalow* ayer... ¿Cuándo marchó?

—Esta mañana a primera hora.

—¿Me va a hacer creer que volvió a por la maquinilla de afeitar? Desde esta mañana hasta ahora debe haber recorrido centenares de kilómetros.

—Se equivoca. Sólo he recorrido cincuenta.

—¿Por qué?

—Porque hay un pueblo cercano a este motel donde vive un amigo.

—Si el pueblo está cercano, ¿por qué no fue a casa de su amigo en lugar de alquilar un *bungalow* de un motel?

—Se podría ganar la vida como policía, señorita Lalou.

—No soy policía, sino pintora.

—Pero le gusta leer las novelas policíacas, además de las de ciencia ficción.

—Sí, me gustan las novelas policíacas. ¿Tiene algo en contra?

—No, no tengo nada contra sus preferencias literarias. Pero ahora, de pronto, usted se siente la heroína de una de esas novelas y se pone a preguntar y a preguntar.

—Tengo un motivo para interrogarlo, el que usted hace un rato era un cadáver.

—¿No le puedo quitar de la cabeza eso?

—El señor Servan, el dueño del motel, me dijo que yo había sufrido una alucinación, pero el hecho de que usted haya entrado en la cabaña significa que estaba en lo cierto.

—Perdone, señorita Lalou, pero tengo prisa. Cuídese. Y si yo estuviese en su lugar, me haría visitar por un doctor.

Guy Monnier salió del dormitorio.

Madeleine se fue detrás de él.

—Espere, señor Monnier...

Pero su visitante no esperó. Abrió la puerta del *bungalow* y desapareció sin volver la cabeza.

La puerta se cerró de golpe.

Madeleine tuvo intención de echar a correr tras de él. Pero ¿qué iba a ganar con esto? Era completamente de noche y Guy Monnier, un hombre al que acababa de conocer.

Se apretó las sienes. Era como vivir una pesadilla.

Primero había visto a un hombre muerto en el armario.

Y luego había hablado con él.

Nada tenía sentido.

¿Y si fuesen gemelos?

Pero, entonces, había un hermano muerto y un hermano vivo.

¿Cómo no lo había pensado antes?

Se había cometido un crimen. Uno de los hermanos gemelos había sido asesinado y lo dejaron en el armario, y mientras ella fue en busca de Servan habían sacado el cadáver y, luego, para demostrar que todo lo suyo había sido una alucinación, se presentó

el hermano vivo...

Pero ¿por qué el hermano vivo estaba tan frío?

Recordó aquella sensación, cuando él la rozó con los dedos. Era como si hubiese tocado un trozo de hielo.

La puerta se abrió de golpe y la joven lanzó un grito.

—¿Quién hay ahí? —preguntó Madeleine.

CAPÍTULO III

Madeleine sólo estaba viendo la oscuridad de la noche, el porche vacío.

—¿Quién es? —preguntó de nuevo.

—Soy yo, señorita Lalou —dijo Servan, apareciendo con una bandeja.

—¿Dónde estaba? ¿Por qué no apareció enseguida?

—Es que oí un ruido a mis espaldas... Por aquí hay algunos animales salvajes. Jabalíes. Son peligrosos. A veces se atreven a acercarse de noche, en busca de desperdicios. Pero creo que esta vez era uno de nuestros gatos —al mismo tiempo que hablaba, Servan había entrado en el *living*, dejando la bandeja con el martini sobre la mesa.

—Señor Servan, estuvo aquí.

—¿Quién estuvo aquí?

—El muerto.

—¿Cómo? ¿Otra vez...? ¿Dónde está?

—Entró, como usted, por la puerta...

Servan se puso a parpadear.

—Señorita, ¿se encuentra bien?

—Claro que me encuentro bien.

—Pero usted dijo que entró el muerto... Dios mío, creo que voy a llamar a un doctor.

—Lo mismo dijo él.

—¿El? Imagino que se refiere al muerto...

—Señor Servan, no estoy loca... Al llegar, abrí el armario y vi a un hombre con la cara manchada de sangre, inmóvil, los ojos entreabiertos. Colgaba de una percha. Se lo dije a usted.

—Pero yo no vi ningún cadáver.

—Y usted se fue a por el martini, y entonces llegó él...

—Señorita Lalou, ¿se da cuenta de que eso no puede ser

humanamente posible?

—¿Y si fuesen hermanos?

—¿Qué?

—El muerto y el vivo eran hermanos gemelos. Ya sabe, parecidos el uno al otro como dos gotas de agua. ¿No se da cuenta de que ha podido cometerse aquí un asesinato?

—Oh, no...

—Dígame, señor Servan, ¿a quién alquiló el *bungalow* ayer?

—A un forastero.

—¿Cómo se llamaba ese forastero?

—Espere que recuerde...

—Guy Monnier...

—¿Cómo lo sabe, señorita?

—Es que no se acuerda? He hablado con él.

—Pero se marchó esta mañana.

—Volvió porque había olvidado una maquinilla eléctrica de afeitar.

—Entonces, eso lo explica todo.

—Pero no explica lo del cadáver.

—Señorita Lalou, el cadáver solamente lo ha visto usted. Recuerde. Vine aquí a registrar. Miré al armario y dentro no había ninguna persona. Ni muerta ni viva. Además, usted dice que tenía la cara manchada de sangre. Deben de haber también manchas en el armario. ¿Quiere que lo comprobemos?

—Desde luego.

La joven entró en el dormitorio seguida de Servan.

Madeleine abrió otra vez la parte central del armario, en donde estaban colgados sus vestidos y se puso en cuclillas.

De pronto se dio cuenta de que, en aquella posición, Servan podría llegar por detrás de ella, golpearle en la cabeza. Matarla.

Se volvió bruscamente, pero vio a Servan a su lado, sin nada en las manos, con los brazos caídos a lo largo de sus costados.

—¿Ha descubierto alguna mancha? —preguntó Servan.

—No.

—A ver, déjeme a mí.

Madeleine se apartó y Servan estuvo mirando el suelo del armario.

—No hay una sola mancha de sangre —declaró levantándose.

—Le dije que la sangre estaba seca. Indudablemente lo mataron en otro sitio y lo trajeron aquí.

—¿Para qué? ¿Para dejarlo colgado como un obsequio a un cliente? —Servan sonrió—. Disculpe mi forma de enfocar este asunto, pero es preferible contar algo gracioso...

—Pues no tiene mucha gracia, señor Servan.

—Lo siento mucho, señorita Lalou. Ya tiene su martini. Con su permiso, me retiro. Si necesita algo...

—Un vampiro.

—¿Cómo?

—Que si necesito un vampiro ya se lo pediré.

—No tenemos de eso.

—Empiezo a dudar.

Jean Servan se retiró con una sonrisa en los labios.

Al quedar a solas, Madeleine paseó de un lado a otro por la estancia.

Miró el martini. No, no lo bebería. Podría ser un martini normal, o podría ser un martini muy especial. Con veneno.

No, no lo probaría ni aunque le premiasen con un viaje a Honolulu, con estancia de quince días en hotel de lujo.

¿Por qué no se marchaba?

Tenía un automóvil.

Podía hacer su equipaje de nuevo. En eso invertiría tan sólo unos minutos.

Sacaría el auto de la cochera y a correr. Lejos del motel de Servan. Lejos del muerto. Lejos del cadáver que hablaba.

Pero allí había un misterio.

Tenía que haberlo.

¿Y por qué no descubrirlo?

«Cuidado, Madeleine, tú no eres un policía. Te lo recordó Guy Monnier. Sólo eres una aficionada a las novelas policíacas, pero tu profesión es la de pintora.

Eso es lo tuyo. Pintar cuadros. En un principio te sentiste atraída por el arte abstracto, pero luego llegaste a una conclusión sensacional. Que la realidad era concreta. Y por ello decidiste pintar únicamente los objetos del mundo que te rodean».

¿Pero qué le rodeaba ahora?

Estaba en el *bungalow* de un motel y al abrir un armario se

había encontrado a un hombre colgando de una percha.

«¿Y si no estaba muerto, Madeleine? ¿Y si aquellas manchas de sangre eran de pega? Le ibas a tomar el pulso al vivo, pero ¿se lo tomaste al cadáver?».

¡El muerto y el vivo podrían ser la misma persona!

¿Y a qué venía aquel juego?

Todo era demasiado complicado.

Lo mejor era no pensar en ello y dormir.

¿Dormir allí, en el *bungalow*? Oh, no, eso sí que no lo haría ella por nada del mundo.

No era ninguna cobarde, pero quedarse era una temeridad.

Se marcharía, estaba decidida.

En dos minutos tuvo lista la maleta.

Antes de salir del *bungalow* dirigió una mirada al martini. Estuvo tentada en dejar una nota al señor Servan en la que dijese. «Bébase usted el veneno».

Ya estaba en el auto.

La oficina estaba iluminada y el señor Servan salió al oír el ruido del motor.

Lo vio correr hacia ella.

—Eh, señorita Lalou, ¿qué hace?

—Me voy.

—Pero tiene que pagar.

—Le pago ahora mismo. No se preocupe... ¿Cuánto es?

—Diez francos. Quizá le parezca caro porque estuvo poco rato.

—Me resulta baratísimo, porque podré dormir tranquila.

—¿Dónde?

—No lo sé. Pero estaré más segura aunque tenga que dormir en la intemperie.

Madeleine le dio diez francos por la ventanilla.

—Señorita Lalou, siento mucho que diga esas cosas. Este motel está muy bien considerado.

—No lo dudo, señor Servan, y espero que siga disfrutando de la misma consideración... Hasta la vista.

Madeleine apretó a fondo el acelerador.

Salió a la carretera y Madeleine aumentó la velocidad.

Por fin se había librado de todo aquello.

Pero ¿lo olvidaría?

Claro que sí. Todo se olvida. Las cosas buenas y las cosas malas.

Pero ¿y las cosas misteriosas?

«Madeleine, ¿por qué no aceptas la hipótesis de la alucinación? Sí, eso es lo que te conviene. El muerto no estaba allí en el armario. Sólo fue una suposición tuya».

Pero ¿cómo iba a ser una suposición si cuando entró Guy Monnier tenía la misma cara que el hombre que vio en el armario?

De pronto, el motor se puso a ratear.

¿Qué le pasaba al coche?

Antes de llegar al motel funcionaba maravillosamente, y tenía el tanque de gasolina medio lleno.

Se quedó asombrada al mirar el indicador de la gasolina.

El tanque estaba vacío.

Pero ¿cómo podía haber gastado la mitad del depósito estando el auto en el garaje?

¿Se le habría hecho un agujero?

Llevó el auto al lado de la carretera y frenó suavemente, dejando el motor en marcha.

Sí, no había duda. El auto estaba gastando las últimas gotas de gasolina.

¿A qué distancia se encontraría la próxima estación de servicio?

Aquella carretera era poco frecuentada. Atrás, a sus espaldas, la estación de servicio estaba a unos sesenta kilómetros. ¿Habría otra delante, más cercana?

Consultó el mapa y se llevó una decepción. No había una próxima estación de servicio hasta Angier, el pueblo más cercano, a unos cincuenta kilómetros. ¿No se habría referido Guy Monnier a ese pueblo, en donde tenía un amigo? Sí, debía de ser el mismo puesto que se encontraba a esa distancia, a cincuenta kilómetros.

Oyó el motor de un coche.

Se acercaba por el mismo camino que ella había traído.

Saltó del vehículo.

Efectivamente, por la próxima curva vio aparecer un auto.

Levantó el brazo y lo agitó.

El conductor la había visto y empezó a frenar.

El coche se detuvo.

Madeleine vio que el hombre que tripulaba aquel auto era Guy Monnier.

—Hola, señorita Lalou, nos volvemos a encontrar.

Ella se había quedado sin habla.

Guy Monnier descendió de su coche y miró el de ella.

—¿Alguna avería?

—Me quedé sin gasolina.

Monnier chasqueó la lengua.

—Eso nunca se debe olvidar.

—No lo olvidé. Tenía medio tanque lleno cuando llegué al motel Servan.

—Entiendo, ha debido sufrir algún escape.

—Sí, eso debe ser. ¿Me puede remolcar?

—¿Tiene usted una cuerda?

—No.

—Pues yo tampoco. Pero se me ocurre una idea. Venga conmigo a Angier. Está a poca distancia. Allí hay una estación de servicio. Daré orden para que vengan a por su coche y que lo remolquen. Así podrán arreglar el escape.

Madeleine se dijo que no existía más solución que la que le brindaba Guy Monnier. No podía pasar la noche allí. Sin embargo, viajar con aquel hombre la inquietaba. ¿No era el doble del hombre muerto que había encontrado en el armario? ¿O sería el mismo, como también había pensado?

—Iré con usted —contestó.

—Coja su equipaje, y no olvide cerrar el coche.

Madeleine tomó su maleta, su estuche profesional, el fin de semana.

Luego cerró las puertas de su auto y el capó.

Se sentó al lado de Guy Monnier y éste hizo correr su vehículo.

Guardaron silencio durante un rato.

Madeleine sintió una respiración a sus espaldas.

Se volvió sobresaltada.

Un brazo la cogió por el cuello.

Gritó mientras miraba a Guy Monnier, pero éste siguió con las manos en el volante.

De pronto, Madeleine sintió un pinchazo en el hombro.

Trató de moverse.

Pero aquel brazo que le presionaba por detrás era demasiado fuerte.

La estaban inoculando algo. De eso estaba segura. Sí, eso era, una inyección.

Gritó otra vez, pero se dio cuenta de que su grito era menos fuerte que antes.

Se estaba desvaneciendo.

Iba a perder el sentido.

¿Quiénes eran aquellos hombres?

¿Por qué la habían elegido como víctima?

Todo se volvió oscuro a su alrededor y su último pensamiento fue: «Madeleine, esto es la muerte».

CAPÍTULO IV

Despertó entre brumas.

Nada se movía.

Ya había dejado de viajar.

O quizá hubiese emprendido el último viaje. El de la muerte.

Casi no tenía pulso.

Una cara le sonrió.

La cara tenía ojos grandes, pero era debido al cristal de las gafas.

—¿Qué tal se encuentra, señorita Lalou?

—Yo..., yo... —dijo Madeleine—. ¿Dónde estoy?

—Es una clínica.

El primer pensamiento de Madeleine fue que había sufrido un accidente. ¿No se dirigía ella en automóvil hacia alguna parte?

Oh, no, no había pasado eso. El armario. El hombre muerto que luego estaba vivo, Guy Monnier. Su huida del motel Servan...

—¿Dónde está el señor Monnier?

—La trajo aquí para que la atendiéramos.

—He preguntado dónde está él.

—Tuvo que marcharse, pero volverá hoy mismo.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Quién es usted?

—El doctor Claude Beltoise.

Beltoise frisaba los cincuenta años y tenía muy poco cabello en el cráneo. Se cubría con una bata blanca y gesticulaba con las manos moviéndolas lentamente.

—Doctor, yo no estoy enferma... No sé por qué razón quieren acabar conmigo.

—Descanse, señorita Lalou.

—Pero ¿es que no me oye...? Yo no sufrí un accidente. Me inyectaron. Eso es, me inocularon una droga. Perdí el sentido, y

ahora, al despertar...

—Tranquilícese, señorita Lalou. Muy pronto estará bien.

—Ya me encuentro bien.

—Estupendo. El señor Monnier se la podrá llevar.

—Oh, no, doctor. No puedo ir con él.

—¿Por qué no?

—Porque me asesinaría.

—¿Y por qué la quiere asesinar? —inquirió el doctor Beltoise con una sonrisa en los labios.

—Porque supe que él estaba muerto.

—Entiendo.

—¿Lo comprende?

—Sí, claro. Un ser humano tiene muchas vidas, muere, pero vuelve a la vida ocupando el cuerpo de otra persona...

—¿De qué me está hablando, doctor?

—De su hipótesis respecto al señor Monnier. ¿Recuerda? Primero lo vio muerto y luego lo vio vivo. El señor Monnier volvió al mundo ocupando el cuerpo de otra persona.

—¡No, doctor! El Monnier que vi muerto y el Monnier que vi vivo eran la misma persona.

—Desde luego, desde luego, pero ahora tiene que seguir mis consejos.

—Doctor, déjeme que hable con la policía.

—¿Cómo ha dicho?

—Con la policía... Ellos me escucharán.

—Yo también la escucho.

—Pero la policía debe intervenir en un caso como éste.

—Sí, señorita. Intervendrá la policía. Pero usted debe calmarse.

—Ya estoy calmada.

—Entonces, sea obediente y tomará este comprimido.

El doctor Beltoise alargó su mano con un vaso de agua. En la otra mano tenía una cápsula verde y blanca.

—¿Qué es eso, doctor?

—Lo que usted necesita.

—¡No necesito nada! Quiero decir que necesito a la policía. Sólo a la policía, doctor Beltoise.

—Le he dicho que la policía vendrá cuando sea necesario, pero ahora ha de tomar la cápsula.

—¡No!

Madeleine oyó pasos y vio aparecer a un hombre alto y fuerte.

—Señorita Madeleine —dijo el doctor con voz untuosa, como si hablase a un niño—, tenemos procedimientos para convencer a nuestros enfermos cuando ellos no quieren colaborar voluntariamente. Debo recordarle que soy doctor y lo único que me preocupa es que recupere la salud.

Madeleine miró aquellos grandes ojos y se estremeció.

El doctor no le gustaba mucho y sintió deseos de gritar: «Quiero otro médico». Pero no le iban a hacer caso.

—¿Se toma el comprimido, señorita Lalou?

—¿Qué contiene?

—Es una medicina para sedarla.

—¡Ya estoy sedada! ¡El corazón me está dejando de latir!

—No diga eso, señorita Lalou. Ha mejorado usted mucho y, dentro de un rato, cuando el comprimido haga su efecto, se encontrará perfectamente.

La voz interior de Madeleine le dijo: «Tú sabes a lo que se refiere el doctor. Estarás perfectamente para ocupar el ataúd. Eso es lo que ellos quieren, quitarte del medio porque vistes demasiado».

—Tomaré el comprimido, doctor.

Madeleine aceptó la cápsula verde y blanca y, con la otra mano, tomó el vaso de agua.

Ahora tenía que poner en práctica el truco.

Tenía que engañarlos.

No, ella no podía tomar aquel comprimido o sería su final.

Llevó la cápsula a la boca, pero la dejó resbalar por sus dedos y, por fortuna para ella, el comprimido se introdujo por la manga del camisón. Luego bebió apresuradamente un trago de agua e hizo como que pasaba la cápsula por su garganta, y hasta hizo un gesto feo.

—Bravo, señorita Lalou.

Aquellas palabras del doctor Beltoise le devolvieron los ánimos.

—Ahora volverá a dormir, señorita.

—Gracias, doctor, es usted muy amable.

—La veré cuando llegue el señor Monnier.

Madeleine parpadeó como si sus ojos estuviesen cargados de sueño.

—Tiene usted razón, doctor. Necesito descansar mucho.

—Ya se lo advertí. Y permítame que la felicite. Es usted una enferma modelo.

Madeleine sólo emitió un gruñido.

El doctor desapareció de su vista. Oyó el ruido de la puerta al cerrarse. Y a continuación el de una llave.

Se sintió desconsolada. Era una prisionera.

¿De qué había servido su trampa?

Dejó transcurrir unos minutos y se puso en pie.

La cápsula cayó en el suelo.

Había una ventana, pero no podía escapar por ella porque estaba provista de una reja de gruesos barrotes.

Vio un pequeño armario y lo abrió.

Allí estaba su maleta, el estuche profesional y el fin de semana.

Tenía varios instrumentos, entre ellos unas tijeras. Se puso a trabajar en la cerradura, pero con las tijeras no acertaba a saltar el resorte.

Echó mano a su neceser y utilizó una pequeña lima para las uñas.

Tuvo éxito.

Al cabo de unos minutos logró abrir.

Entonces se dio cuenta de que seguía con el camisón. Era tan grande su deseo de escapar, que no se había cambiado.

Se quitó el camisón y se puso una falda gris y un suéter negro, con el cuello alto.

Tenía que dejar allí su equipaje. Sólo necesitaba su bolso con el dinero.

Abrió la puerta poco a poco.

No oyó ningún ruido.

Asomó la cabeza.

No vio a nadie.

Echó a andar por el pasillo, pasó de largo ante el ascensor y empezó a bajar la escalera.

De pronto oyó voces en el piso inmediato.

—Pierre, ¿cómo está el enfermo del 14?

—Mucho peor.

—¿Por qué?

—Ya ha dejado de ser Napoleón.

—Entonces está peor, si ya sabe cómo se llama.

—Es que dejó de ser Napoleón porque ha recordado que es Hitler.

El otro hombre se echó a reír.

—Está bien. Le echaré un vistazo.

—Sí, doctor.

—Acompáñeme.

—¿Cree que es necesario? Es mi hora de comer.

—Sólo estaremos cinco minutos con Adolfo Hitler.

—Como usted quiera, doctor.

Madeleine oyó que los dos hombres se alejaban. Siguió descendiendo la escalera.

Llegó al último tramo y vio el registro al fondo. Una enfermera estaba al frente de la centralita.

—Le pongo con el doctor Geismar —decía por el micro del auricular. Introdujo la correspondiente banana en uno de los agujeros y atendió otra llamada—. ¿El doctor Beltoise? Lo siento, señora Verdier, pero no puede ponerse. Está ocupado. Llame dentro de media hora... Sí, imagino que es importante, pero le repito que el doctor Beltoise no puede atenderla en estos momentos.

Desconectó y dio un suspiro.

Estaba despachando un bocadillo con una cerveza.

Madeleine se dijo que nunca podría pasar por allí, ante las narices de la enfermera, porque ella la vería y, tendría un timbre de alarma.

La joven de la centralita terminó de despachar su bocadillo y bebió un trago de cerveza. Luego cogió el paquete de cigarrillos. Estaba vacío y lo arrojó al suelo con un gesto de contrariedad.

Levantóse y se dirigió hacia una habitación del fondo.

La abrió y pasó al interior dejando la puerta entreabierta.

Madeleine se movió muy aprisa. Tenía que aprovechar aquella circunstancia favorable, la de que la telefonista se hubiese quedado sin cigarrillos.

La puerta que daba acceso al edificio estaba cerrada. ¿Y si también la habían cerrado con llave? Entonces habría acabado su intento de fuga.

Sin embargo, estaba abierta.

Salió y cerró a sus espaldas.

Vio un jardín que estaba iluminado tenuemente.

Echó a correr y saltó un seto. Ahora debía esperar. Era lógico que la clínica estuviese rodeada por una verja, y por tanto, habría un portón que vigilaría un guardián.

Recuperó los ánimos y se deslizó siguiendo un camino paralelo al camino principal.

Allí estaba el portón.

¡Y el portón estaba entreabierto!

El guardián estaba dentro de una garita iluminada.

Salió del jardín y avanzó.

Entonces se dio cuenta de su error, de que debió llegar hasta el muro y avanzar por allí hasta el portón.

Oyó un ladrido.

No había contado con un perro atado con una cadena.

—¿Qué pasa, «Dick»? —Oyó una voz ronca.

Madeleine echó a correr hacia el portón, pero el perro tenía una cadena muy larga, le cerró el paso, y siguió ladrando.

El guardián salió de la garita y se detuvo al ver a Madeleine.

—Eh, usted, ¿quién es?

—Una enfermera.

—No la conozco.

—Soy nueva.

—No la vi llegar.

—Llegué con el doctor.

—¿Qué doctor?

—El doctor Beltoise.

—Qué raro. El doctor Beltoise no me dijo nada. Además no lleva el uniforme de enfermera.

—El doctor Beltoise me quiso hacer una prueba.

El perro seguía ladrando.

—Ven aquí, «Dick».

El perro fue al lado del guardián, pero seguía ladrando.

—¡Calla! —le ordenó el guardián.

El perro dejó de ladrar y se echó a sus pies.

Ahora Madeleine tenía el camino libre.

El guardián dijo:

—Acérquese, señorita.

—¿Para qué?

—Voy a telefonar a la clínica para comprobar todo eso que usted dice.

—Muy bien. Puede comprobarlo —repuso Madeleine porque pensó que era lo mejor.

Se dirigió hacia él, pero dando un rodeo para no acercarse al perro.

El guardián se volvió de espaldas y entonces Madeleine le descargó el bolso en la cabeza.

Vio cómo el hombre se tambaleaba.

No esperó a ver el resultado sino que echó a correr.

«Dick» se levantó de un salto.

Madeleine sintió todo el miedo del mundo porque si el perro la alcanzaba con sus dientes sería capaz, de despedazarla.

Ella estaba corriendo más que en cualquier momento de su vida y el perro se detuvo cuando la cadena se puso tensa.

Madeleine gritó al sentir que las pezuñas del fiero animal le rozaban la cadera.

No había sufrido ningún daño y logró salir por el portón.

De pronto oyó un timbre.

El vigilante estaba dando cuenta de su fuga.

CAPÍTULO V

Tenía que acompañarle la fortuna o la atraparían de nuevo.

Ni siquiera sabía dónde se encontraba aquella clínica.

¿Lejos del motel Servan? ¿O estaría tan sólo a unos minutos?

Aquel camino no terminaba nunca.

Por fin salió a una ancha carretera.

Un coche venía por el fondo.

Se plantó en el centro de la carretera y agitó los brazos.

El coche se acercaba rápidamente.

Los neumáticos chirriaron.

Recordó aquella otra vez en que también un auto se detuvo junto a ella y resultó ser el de Guy Monnier.

Vio un hombre moreno al volante.

—¿Qué le pasa, señorita? ¿Algún accidente?

—Un admirador demasiado entusiasta. Me invitó a dar un paseo y luego... Por favor, ahórreme detalles.

—Lo comprendo... Ande, suba.

—Muchas gracias.

La joven entró en el auto.

El desconocido apretó el acelerador.

Sólo entonces se dio cuenta Madeleine que se trataba de un auto deportivo.

Era justo lo que le hacía taita. Esta vez el destino se había comportado bien con ella. Nadie podría darles alcance.

—¿Quizá voy demasiado aprisa para usted? —Rompió el silencio su salvador.

—Oh, no, de ninguna forma.

—Es la costumbre, ¿sabe? Perdone que no me haya presentado. Soy Jacques Giraud.

¿Por qué no decirle su verdadero nombre?

—Madeleine Lalou.

—Encantado, señorita Lalou. Soy piloto de coches de carreras. Me dirijo a Le Mans.

—¿Va a tomar parte en las Veinticuatro Horas?

—Sí.

—¿Dónde hará noche, señor Giraud?

—En Clermont Ferrand.

—¿Cuándo llegaremos?

—En una hora. Pero lo importante es dónde va usted, señorita Lalou.

—A París.

—Creí que vivía por aquí.

—Vine a casa de unos amigos, pero ya no hace falta que regrese.

—¿Y su equipaje?

—Ordenaré que me lo envíen. Me quedará en Clermont Ferrand y compraré allí lo indispensable.

—Siento que haya pasado un mal rato.

Madeleine se estaba preguntando por qué no le decía la verdad. Encontró enseguida la respuesta. No la creería o la tomaría por una demente. No, las cosas se podían poner muy feas para ella si le contaba su verdadera historia.

Giraud estaba disminuyendo la velocidad.

—¿Qué hace?

—Me tengo que detener. No he cenado, y apuesto a que usted tampoco lo ha hecho.

—No, pero no tengo apetito.

—Yo sí. A usted le dará lo mismo que nos detengamos. Y si no tiene ganas de cenar, compraré unos bocadillos para usted.

—Vamos a perder mucho tiempo.

—No se preocupe. —Jacques Giraud palmeó el volante—. Este coche es un devorador de kilómetros...

Se detuvo en una estación de servicio que contaba con un restaurante.

—¿A qué distancia nos encontramos del lugar en que me recogió, señor Giraud?

—A unos treinta kilómetros.

Madeleine se estremeció.

Si los de la clínica habían salido en su persecución podrían echarle mano.

Entraron en el restaurante.

Había cuatro mesas ocupadas.

—¿Dónde quiere sentarse, señorita Lalou?

—En el fondo.

Llegó el camarero y Jacques se dirigió a la joven.

—¿De verdad no quiere comer?

—He cambiado de idea.

—Estupendo.

Tomaron la carta e hicieron el pedido.

Cuando el camarero se hubo marchado, Jacques sacó un paquete de cigarrillos.

—¿Fuma?

—Sí, gracias.

Madeleine tuvo ocasión de fijarse mejor en el rostro de su acompañante. Podría tener unos treinta años y era de facciones varoniles, cosa lógica puesto que se dedicaba a una profesión peligrosa. Todos los años morían pilotos de coches de carreras.

—¿Ha ganado muchos premios, señor Giraud? —inquirió después de encender el cigarrillo.

—Algunos.

—Parece modesto.

—Sólo llevo un par de años participando en carreras.

—¿Y qué hizo hasta entonces?

—Trabajar en un taller como mecánico. Pero mi aspiración fue siempre llegar a ser piloto de coches de carreras... Una firma importante me contrató para probar sus vehículos, pero ni siquiera eso me producía la satisfacción que yo buscaba. Voy adquiriendo experiencia y espero llegar a ser un piloto que cuente entre los mejores.

—Estoy segura de que lo conseguirá. Pienso en su esposa. Realmente debe pasar muy malos ratos.

—No, no los pasa.

—Entiendo. Está conforme con su profesión.

—No. La razón es que no hay esposa —sonrió él.

El camarero trajo los platos y se pusieron a comer.

Madeleine vio entrar a Guy Monnier, el cual se detuvo en el umbral y miró a la mesa.

Madeleine arrojó la servilleta al suelo y se agachó para

recogerla.

Jacques se había dado mucha prisa y la recogió por ella.

Madeleine no se enderezó. Continuó agachada.

—Señorita Lalou, aquí tiene su servilleta.

—Creo que se me ha caído el anillo —dijo ella por decir algo.

—¿El anillo?

—Sí, el que llevaba en el dedo.

—Me fijé en sus manos y no llevaba ningún anillo.

Madeleine se mordió el labio inferior. Ya había cometido una tontería.

Alzó la cabeza y una mano se posó en su hombro.

—Hola, querida.

Era la voz de Guy Monnier.

Madeleine levantó la cabeza y entonces unos labios se posaron sobre los suyos.

Guy Monnier la estaba besando.

—¡Señor Monnier! —exclamó apartándose.

Guy se enderezó.

—Te he estado buscando, Madeleine.

Jacques Giraud intervino:

—Eh, usted, no ha debido hacer eso.

—¿Con quién tengo el gusto de hablar, señor?

—Jacques Giraud, y sé todo lo referente a ustedes.

—¿Sí?

—Trató de aprovecharse de ella y eso no es nada correcto.

Guy Monnier arrugó el ceño.

—Querida, ¿qué le has contado al señor Giraud? Lo siento, señor Giraud, pero debo aclararle algo que quizá ella no le ha dicho.

—¿A qué se refiere?

—A que ella es la señora Monnier.

Madeleine se quedó asombrada.

Vio el efecto que aquellas palabras producían en Jacques Giraud y se apresuró a contestar:

—¡No le crea! ¡No soy su mujer...! ¡Yo no había visto a este hombre hasta que lo encontré en un armario!

Guy Monnier dio un suspiro.

—Señor Giraud, mi esposa asegura que me encontró muerto. Pero luego, claro, me vio vivo. ¿No es así, querida?

—¡Usted sabe que no es cierto!

—Querida, será mejor que regresemos.

—A la clínica de enfermos mentales, ¿verdad? Donde usted me metió a la fuerza.

—Sólo te llevé donde era necesario que te llevase, Madeleine.

La joven miró a Giraud y dijo con voz suplicante:

—No le crea una sola palabra. Ellos me internaron en esa clínica contra mi voluntad. Me llevaron drogada.

Guy Monnier hizo una señal y Madeleine vio que se acercaba el doctor Beltoise.

—¿Cómo está, señora Monnier? —preguntó el médico.

Guy Monnier dijo:

—Señor Giraud, le presento al doctor Beltoise, director de la clínica que lleva su nombre. Es el médico que está tratando a mi mujer.

Beltoise intervino:

—Imagino que es usted quien ha recogido a la señora Monnier.

—Sí, soy yo.

—Mi clínica está instalada a unos treinta kilómetros. ¿Recogió allí a la señora Monnier?

—Muy cerca —contestó Giraud.

Madeleine se dio cuenta de que la trampa se estaba cerrando otra vez a su alrededor, y ahora no tendría ninguna probabilidad de escape porque ellos tomarían todas las precauciones.

¿Por qué hacían eso con ella? ¿Qué misterio rodeaba la actuación de aquellos dos hombres, de Guy Monnier y el doctor Beltoise?

—Señor Giraud, soy víctima de una confabulación —casi gritó—. Por favor, lléveme a Clermont Ferrand... No les haga caso... Este hombre no es mi marido.

—Y yo tampoco soy el doctor Beltoise —sonrió el médico.

—Usted podrá ser el doctor Beltoise, pero, al propio tiempo, es un miserable por secundar al señor Monnier.

—Querida, muy pronto estarás curada —dijo Guy.

—¡Estoy completamente sana!

—Claro que sí —repuso el doctor Beltoise—. Usted está muy bien. Recuerde que sólo se encuentra en mi clínica para descansar... Dentro de unos días le daré el alta y usted podrá regresar a París y

estar con sus hijos.

—¿Mis hijos?

Guy Monnier dijo:

—He hablado por teléfono con Christian y con Brigitte, Madeleine... Te han enviado muchos besos.

—¿Usted sabe que no he tenido ningún hijo con usted!

—Señor Giraud —intervino el médico—, nos tenemos que marchar.

Madeleine puso una mano sobre la diestra de Jacques Giraud.

—¡No lo permita...! Le ofrezco una solución, señor Giraud. Vayamos a la policía y que ellos se encarguen de aclarar este embrollo.

—Usted me dijo que había estado en casa de unos amigos y que un admirador suyo se aprovechó.

—No era cierto.

—¿No?

—Le dije lo primero que se me ocurrió para que usted me admitiese en su automóvil... ¿Lo entiende?

—Oh, sí, claro. Lo entiendo.

Madeleine se daba cuenta de que Giraud no la creía. Su mentira se volvía contra ella.

Se le ocurrió una idea.

—Jacques pídale a este hombre que demuestre lo que dice, que es mi marido. Por favor, pídaselo.

Giraud levantó los ojos deteniéndolos en la cara de Guy Monnier. Éste sonrió. Extrajo su cartera y alargó una fotografía a Jacques.

—¿Qué es eso? —preguntó Madeleine.

Jacques había observado la fotografía y ahora se la entregó a Madeleine.

El asombro de la joven llegó al paroxismo. Era una fotografía familiar. En ella había cuatro personas. Guy Monnier, un niño y una niña... ¡Y ella misma! Madeleine Lalou.

¿Cómo era posible aquello? Oh, no, ella no estaba casada con Guy Monnier ni con nadie. Ella no había tenido ningún hijo.

Todo lo que hubiese podido imaginar contra aquellos dos hombres resultaba una pálida idea con respecto a la realidad.

«Sí, Madeleine, está claro. Ellos te quieren atrapar y lo han

preparado todo. Hasta pensaron en la fotografía. Tuvieron tiempo de hacerlo. ¿Por qué? Porque previeron la posibilidad de que les hiciese falta por si escapabas... O es algo más complicado todavía que tú no aciertas a comprender... Espera, Madeleine, ¿y si perdiste la memoria? ¿Y si te casaste con Guy Monnier? Quizá fuistes pintora y un día conocistes a Guy Monnier y te enamoraste de él. Pero ¿y aquellos niños? ¿Poiqué no los recuerdas? El motivo es sencillo. Estás en una clínica de enfermos mentales».

Pero ¿qué estupidez estaba pensando?

Ella no podía admitir haber conocido, haberse enamorado, haber tenido hijos con Guy Monnier.

Se apretó las sienes con la mano. Cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Guy, ¿cómo está Christian?

Eso fue lo que preguntó.

Tenía que confiarlo. No podía consentir que la encerrasen de nuevo y se le había ocurrido la única solución, que quizá fuese la última oportunidad. Seguirles el juego.

—¿Es que no me has oído, Guy? ¿Cómo está Christian?

—Muy bien.

—¿Y Brigitte?

—Se encuentra perfectamente.

—Quiero hablar con Brigitte.

—¿Cómo?

—Quiero hablar por teléfono con Brigitte.

—Sí, cariño, hablarás con ella cuando lleguemos a la clínica.

—No, quiero hablar con Brigitte desde aquí. En cuanto lo haya hecho me iré con vosotros. ¿Lo entiendes, Guy? Ha de ser aquí... Tuve un sueño maléfico, terrible... Vosotros me engaáis, Brigitte se encuentra mal. Quiero tener la seguridad de que estoy equivocada. No me moveré de aquí sin hablar antes con Brigitte.

Guy Monnier y Beltoise se miraron y el primero dijo:

—Está bien, Madeleine. Ahora mismo lo solucionaré... Podrás hablar con Brigitte.

—Gracias, Guy, eres muy amable...

Monnier se marchó hacia una cabina telefónica del fondo.

—Con permiso —dijo el doctor Beltoise y ocupó una silla.

Giraud estaba un poco desconcertado.

—¿Ya se acuerda de todo, Madeleine? —preguntó el piloto de carreras.

De buena gana le hubiese dicho: «No, señor Giraud, no me puedo acordar de algo que no ha existido. Todo esto es un complot, como ya le dije antes. Pero ¿qué puedo hacer para convencerle a usted de que soy una víctima de dos hombres sin escrúpulos?».

Y, sin embargo, lo que ella dijo fue:

—Sí, Jacques, lo recuerdo todo.

Madeleine sintió grandes deseos de llorar y se mordió el labio inferior con fuerza para evitarlo.

Estaba segura de que el doctor Beltoise habría llevado consigo su maligna droga, la que le habían inyectado en el automóvil de Monnier y que le provocó la pérdida del conocimiento para despertar más tarde en aquella habitación de la clínica.

No, no debía consentir que le volviesen a inyectar, porque entonces se la llevaría definitivamente.

—Jacques, tengo un amigo en París. Bueno, él quería: ser algo más que amigo. Quería casarse conmigo. Se llama Roger Chapsal y trabaja en el *France-Soir*. El sabe todo acerca de mí... Por favor, vaya a París y pregúntele a él. Le dirá la verdad, Que no me he casado nunca... Que no tengo hijos... Y que soy pintora, simplemente eso, y que jamás he necesitado los cuidados de un psiquiatra.

—Hablaré con Roger Chapsal.

—¿Cuándo?

—Ahora voy a Le Mans. Cuando vuelva de Le Mans.

—La carrera se celebrará dentro de una semana. Para entonces será demasiado tarde. Estos hombres me matarán o habrán logrado volverme loca por medio de sus drogas.

El doctor Beltoise escuchaba la conversación sin intervenir para nada. Estaba fumando un cigarrillo.

Jacques Giraud miró a Beltoise y éste le hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, que no pasó inadvertido para Madeleine.

—Está bien, Madeleine, iré a París en cuanto salga de aquí.

—Lo dice para conformarme... El doctor le ha hecho un gesto... ¡Usted también se ha puesto de acuerdo con ellos...!

—Tranquílcese, Madeleine.

—¿Se tranquilizaría usted si supiese que dos personas extrañas a

las que no ha visto en su vida, han armado un diabólico plan a su alrededor? Ni siquiera sé por qué hacen esto. Lo juro.

Beltoise intervino:

—Señora Monnier, su esposo la llama desde la cabina. Debe haber establecido comunicación con París. Va a hablar con su hijita.

Madeleine apretó los puños sobre la mesa. Hubiese querido golpear al doctor Beltoise en la cara.

—Sí, doctor. Hablaré con Brigitte.

Se fue a la cabina telefónica.

Más allá estaba la puerta de la cocina.

¿Y si echaba a correr por aquel hueco?

No, no podía, porque ellos eran dos hombres y correrían más que ella. Jacques Giraud ya había dejado de prestarle ayuda. No, no se expondría a que se la llevarsen. Tenía que preparar su huida de otra forma, aunque en aquel momento no tenía la menor idea acerca de ello.

Guy Monnier estaba junto a la puerta de la cabina con el receptor en la mano.

—Brigitte está al otro lado.

Ella levantó la barbilla, desafiante.

—¿Qué nueva maquinación es ésta, señor Monnier?

—Por favor, Madeleine, tu hija espera y hace muchos días que no la ves. Dile algo que resulte agradable.

Madeleine tomó el receptor y lo acercó a su oído temblorosamente.

—¿Sí?

—Hola, mamá... ¿Cómo estás? —Era una voz infantil.

CAPÍTULO VI

Madeleine se sintió desfallecer. ¿Sería cierto? Otra vez se lo preguntaba. ¿Y si la realidad era como ellos decían?

—Brigitte...

—Sí, mamá, soy yo... Christian y yo te echamos mucho de menos. Pero papá nos acaba de decir que vendrás pronto con nosotros porque ya vas a terminar las vacaciones. Mamá, diviértete mucho, pero ven pronto.

—Sí, Brigitte —se oyó decir Madeleine con voz emocionada.

—Besitos, mamá.

Luego se oyó un «clic» y la comunicación quedó cortada.

Sin embargo, Madeleine continuó con el receptor en la mano.

Guy se lo quitó.

—Querida, ¿estás convencida ya?

Madeleine, por primera vez en su vida, deseó morir. ¿Qué le pasaba a ella? ¿Por qué no se acordaba de Brigitte o de Christian? Ya había visto sus rostros en la fotografía, pero no tenía la menor idea de ellos.

Había hablado con Brigitte, con su hija.

Pero ¿era realmente su hija?

Se iba a volver loca.

¿No era eso lo que ellos querían?

¿O estaba va demente?

—Sí, Guy, estoy convencida. Pero necesito descanso, mucho descanso.

—Lo tendrás en la Clínica del doctor Beltoise.

—Tienes razón. Nunca debí marcharme... Por favor, llévame allí cuanto antes.

—Ahora mismo, querida.

—Iré al tocador. Quiero arreglarme un poco. Debo de estar horrible. Sólo quiero pintarme y peinarme un poco.

—Está bien, querida.

Monnier la cogió por el brazo y fueron así hacia el tocador de señoras.

Al llegar allí, Madeleine sonrió débilmente a Monnier.

—Es un momento. Salgo enseguida, Guy.

Abrió la puerta y entró en el tocador cerrando tras de sí. Pasó el pestillo.

Justo como había esperado allí había una ventana, pero estaba cerrada.

Se movió silenciosamente y la abrió.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para saltar por el hueco.

Una vez fuera echó a correr.

Vio tres camiones. Dos estaban a oscuras, pero uno tenía los faros iluminados. Un hombre estaba arriba.

Llegó ante la cabina cuya portezuela estaba abierta, pero ya el conductor la iba a cerrar.

—Espere un momento. ¿Va a Clermont Ferrand?

—Sí.

—Lléveme allí.

—No puedo.

—Mi hermana va a tener un hijo —señaló el bar—. Me lo acaban de decir ahí dentro.

—Suba en un turismo.

—Ya lo intenté, pero un tipo antipático se negó a llevarme... Por favor, no llegaré a tiempo si no me pongo en camino ahora.

—Está bien. Suba por el otro latió.

Madeleine subió a la cabina y enseguida el camión se puso en marcha.

Miró de reojo al conductor. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de cabeza poderosa.

—Mi ayudante está durmiendo. De modo que tendrá que permanecer ahí. Si la policía de tráfico nos para, diré que es usted mi sobrina. No sé por qué hago esto.

—Porque es usted una buena persona.

—Eso no me da dinero.

—Es lo que usted cree. Tener buenos sentimientos siempre resulta productivo.

—Espero recordar algún día eso.

El camión no iba muy cargado porque adquirió una gran velocidad.

Madeleine se dijo que había acertado por primera vez.

Jacques Giraud podría atraparlos con su coche deportivo, pero pasaría de largo.

En cuanto a Guy Monnier y al doctor Beltoise, les resultaría un poco difícil. Además, contaría con unos preciosos minutos de ventaja antes de que Monnier pudiese entrar en el tocador.

Madeleine abrió su bolso y sacó cigarrillos.

—¿Fuma? —preguntó al camionero.

—¿Es rubio?

—Sí.

—Gracias. Yo sólo fumo negro.

Madeleine encendió un cigarrillo.

Madeleine se había fijado en los coches que los pasaban. En ninguno de ellos viajaban Guy Monnier o el doctor Beltoise.

Pero tampoco les había pasado Jacques Giraud.

De pronto surgió el coche deportivo. Apareció por la izquierda, y se mantuvo paralelamente al camión.

Jacques Giraud la había descubierto.

Y Jacques le estaba haciendo señales al camionero para que se detuviese.

—Eh, ¿qué hace ese loco? —dijo el conductor.

—No se detenga —exclamó Madeleine.

—¿Lo conoce?

—Sí.

—¿Quién es?

—Un tipo que no me deja en paz.

Jacques Giraud hizo sonar el claxon repetidamente.

—Oiga, señorita, nos tendremos que detener.

—Por favor. No lo haga.

Madeleine se decía que Jacques Giraud estaba de parte de Guy Monnier y del doctor. Ellos le habrían pedido el favor de que detuviese a Madeleine, y el piloto profesional habría corrido como una flecha creyendo hacerles un favor.

Claro, quería devolver la esposa demente al marido atribulado, al canalla de Monnier.

De pronto el coche de Jacques se adelantó y empezó a frenar.

—Pero ¿qué hace? —gritó el camionero y también se puso a frenar.

El auto deportivo de Jacques ya se había detenido.

Madeleine abrió la portezuela saltó y echó a correr, por la derecha internándose por entre unos arbustos.

—Eh, usted —gritó el camionero—. ¿Adónde va?

Madeleine no se detuvo. Continuó corriendo muy aprisa.

Oyó pasos a sus espaldas. Era Jacques Giraud.

—¡Madeleine, espere!

No, no podía esperar.

La joven tropezó con unas raíces y cayó en el suelo.

Se levantó enseguida y continuó corriendo en la oscuridad.

Pensó que podría encontrar en su camino un abismo y precipitarse por él. Sin embargo, en aquellas circunstancias, ¿qué más daba?

—¡Madeleine!

La voz estaba más cercana.

¿Y si se escondía?

Ya no podía seguir. Resultaba muy difícil llevar oxígeno a los pulmones.

Se dejó caer en el suelo, al lado de un árbol y se hizo un ovillo.

Vio aparecer a Jacques Giraud por entre los arbustos.

Avanzó rápidamente hacia ella.

Madeleine se apretó la garganta para no gritar de terror.

—¿Dónde está, Madeleine? ¡Quiero hablar con usted!

Jacques pasó de largo y desapareció en la oscuridad.

Madeleine dio un suspiro.

—¿Qué hacía ahora? ¿Volvía a la carretera con el camionero? No, probablemente ya se habría marchado, al darse cuenta de que ella le había metido en un lío.

Tendría que salir a la carretera y esperar a otro buen samaritano.

Ésa era su única esperanza.

Se levantó.

De pronto una mano surgió detrás.

Madeleine dio un chillido.

Pero aquella mano le cubría la boca.

Volvió la cabeza aterrorizada y vio ante sí a Jacques Giraud.

—Madeleine, tiene que calmarse... Escuche bien... Cuando usted se marchó del restaurante, yo no estaba muy convencido de quién decía la verdad. Guy Monnier se había quedado junto al tocador y al cabo de un rato se dio cuenta de que usted se había fugado. Habló con el doctor y salieron... Entonces yo puse una conferencia a París, a su amigo Roger Chapsal. Tuve suerte. Lo encontré en la redacción del periódico y él me dijo que usted, Madeleine Lalou, es soltera, que nunca estuvo casada...

CAPÍTULO VII

Madeleine estaba mirando a los ojos de Jacques Giraud.

El ahora le quitó la mano de la boca.

—¿Habla en serio, Jacques?

—Sí, Madeleine. Se lo aseguro.

La joven habría caído de nuevo en el suelo si él no la hubiera sujetado por la cintura.

—Dios mío, pero todo lo que me pasa es horrible. Jacques.

Apoyó la cabeza en el pecho varonil y él la apretó suavemente contra sí.

—¿Por qué esos hombres quieren confundirla de esa manera?

—No lo sé.

—¿Cuándo conoció a Guy Monnier?

—Cuando lo encontré en el armario... Creí que estaba muerto.

—Empiece por el principio.

—Es que ése es el principio.

—Cuéntemelo todo, y procure no olvidar nada.

Madeleine le hizo el relato de lo que le había acontecido a partir del momento en que entró en el *bungalow* número nueve del motel Servan.

Cuando hubo terminado, Jacques Giraud preguntó:

—¿Está segura de que nunca había visto a Guy Monnier?

—No.

—¿Y al doctor Beltoise?

—Tampoco.

—Hábleme de usted.

—¿De mí?

—Sí. ¿Quiénes son sus padres?

—Ellos murieron.

—¿Heredó alguna fortuna?

—Mi padre era militar... Oficial. Murió en Argelia... Bueno, me

he adelantado un poco porque mi madre murió antes, cuando yo tenía siete años... Veía muy poco a mi padre porque primero estuvo en Indochina y, más tarde, cuando Francia concedió la independencia a aquellos países, fue destinado a Africa... Yo estudiaba en la Escuela de Bellas Artes. Mi padre, a su muerte, sólo me dejó la casa en que vivía en Neuilly. Pero yo prefería vivir en el Barrio Latino. Vendí la casa. No saqué mucho de ella... Empecé a vender cuadros, pero hasta ahora mis obras no alcanzaron mucha cotización... Estoy en relaciones con el dueño de una galería de arte. Se llama Julien Pernet, y me da un precio único por cada uno de mis cuadros. Eso me permite vivir y viajar sin lujos. Pero a mí me basta.

Jacques se tironeó de una oreja.

—Al parecer por ese lado no podemos encontrar la solución del misterio... ¿Qué familiares tiene?

—Un tío, un hermano de mi padre, Maurice Lalou.

—¿Dónde vive?

—En Burdeos.

—¿Casado?

—No. Es soltero.

—¿Y a qué se dedica?

—Es fabricante de tejidos. Pero nunca le he resultado simpática, quiero decir que en el momento de redactar su testamento no creo que me tenga en cuenta. Tengo un primo, André, que también lleva mi apellido. Pero no es hijo de Maurice, sino de otro hermano de mi padre que también murió. El primo André siempre ha trabajado con el tío Maurice, y por eso es su favorito. Lo crió como un hijo. Hace unos años, el tío Maurice le dio poderes a mi primo y, prácticamente, él era el que dirigía el negocio. El primo André será su heredero. Si el tío Maurice me deja algo, será un legado sin importancia.

—¿Conoce a André?

—Sólo lo he visto una vez en mi vida. Vino a París a verme.

—¿Cuándo?

—Hace unos tres años. Se mostró muy simpático.

Me llevó a cenar y a ver un espectáculo teatral. Dijo que cuando volviese a París pasaría de nuevo a verme. Pero ya no ha vuelto...

—Ha dicho que usted no le fue simpática a su tío. ¿Por qué?

—No lo sé. Hay hombres que tienen preferencias por los varones. Quizá, de casarse, le habría gustado tener un niño y no una niña. Es bastante normal. Pero no sé casó, y entre los dos sobrinos, entre André y yo, vio en él al hijo que nunca tuvo.

—No está mal la explicación. Pero me gustaría comprobarlo por mi mismo.

—¿Qué quiere decir?

—Que nos vamos a Burdeos.

—Pero usted tiene que ir a Le Mans.

—Puedo desviarme. Sólo retrasaré un día mi llegada a Le Mans. Tendré tiempo para entrenarme antes de la gran carrera.

—Me temo que no puedo renunciar a su compañía —sonrió ella. Volvieron a la carretera.

El camión ya se había marchado, y al lado de la cuneta estaba el coche de carreras de Jacques con las luces apagadas.

Los dos jóvenes miraron a un lado y a otro observando la carretera desierta.

—Guy Monnier y el doctor Beltoise habrán pasado de largo —dijo Jacques.

—Ojalá no se equivoque.

—Hay una bifurcación unos seis kilómetros más adelante. Pronto estaremos en la carretera nacional que conduce a Burdeos.

—Lo importante es que no nos sigan la pista.

—Yo me preocuparé de eso —dijo Jacques—. Mi auto corre mucho más que el de ellos. No podrán alcanzarnos.

—Me ha devuelto el optimismo, Jacques.

Ocuparon el asiento delantero y Giraud puso en marcha el auto, que salió disparado como una flecha.

Pronto llegaron a la intercesión y Jacques, como había dicho, se desvió hacia la izquierda.

—A Burdeos —dijo sonriente.

La secretaria de André Lalou era una hermosa rubia platino. Su nombre estaba sobre la mesa. Colette Ferrier.

Al oír de Madeleine que era prima de André le sonrió.

—Enseguida aviso al señor Lalou.

Desapareció por la puerta.

Madeleine dio un suspiro y se dirigió a Jacques Giraud.

—No creo que aquí encontremos la solución.

—Nada se pierde con preguntar. Pero recuerda, Madeleine, ni una palabra acerca de tu historia.

—No te preocupes. Lo tendré en cuenta.

La rubia platino reapareció, pero detrás de ella salió André Lalou.

—¡Prima Madeleine! —exclamó sonriente, con los brazos extendidos.

Abrazó a la joven y la besó en las mejillas.

—Qué sorpresa más agradable.

Era un hombre de unos treinta y cinco años, alto, moreno, de facciones simpáticas.

—Te presento a mi amigo Jacques Giraud.

—Encantado, señor Giraud.

—Es piloto de carreras —dijo Madeleine—. Va a formar parte en las Veinticuatro Horas de Le Mans.

—Una profesión apasionante, señor Giraud, aunque un poco peligrosa.

—Sí, lo es. Pero hoy día, tal como está el mundo, se muere en todas partes.

—En eso tiene razón. En nuestra fábrica hace unos días, tuvimos que lamentar un accidente en donde murieron tres obreros... ¿Qué haces tú por Burdeos, Madeleine?

—Jacques me invitó a presenciar las Veinticuatro Horas de Le Mans y voy con él.

—¿Saliste de París?

—Nos conocimos en La Costa Azul y acepté la invitación de Jacques.

—¿Vas a pintar algo en Le Mans?

—Sí. Después de conocer a Jacques, conseguí que una revista me compre los dibujos que haré. Los insertarán acompañando unas crónicas acerca de la carrera... ¿Cómo está tío Maurice?

—Mal.

—¿Qué le pasa?

—Sufre una dolencia grave.

—¿Qué es?

—Cáncer.

—Cuánto lo siento.

—Su fin está próximo... Lo siento mucho. Ha sido para mí como

un padre.

—Yo no llegué a tratarlo como tú, pero al fin y al cabo, también es mi tío. Me gustará visitarlo.

—Claro que sí. Y él se alegrará mucho de verte... Ha preguntado por ti algunas veces... Se me ocurre una idea. ¿Por qué no te quedas unos días con nosotros? Y usted también, naturalmente, señor Giraud.

—Lo siento. No puedo. Tengo que entrenarme en Le Mans.

—Pero todavía faltan algunos días para la carrera.

—Tengo el tiempo justo para los entrenamientos. ¿Puedo llamar desde aquí a Le Mans?

—Desde luego, señor Giraud.

Jacques estableció comunicación con el hotel Condestable en Le Mans. Preguntó por Gérard Lausseau.

Mientras esperaba dijo:

—Es mi mecánico... ¿Gérard? Aquí Jacques. ¿Que dónde estoy? En Burdeos... ¡No es posible, Gérard! ¡Te dije que no corrieses con el coche! ¿Problemas de carburación...? Faltan muy pocos días... ¿Qué hay de las piezas de repuesto? Gérard, eres un bandido. Seguro que has encontrado a una de esas pelirrojas... Me pondré en camino inmediatamente... Sí, ahora mismo salgo para Le Mans.

Colgó y se dirigió a Madeleine en cuyo rostro se dibujó la ansiedad.

—Madeleine, ha surgido un contratiempo. Una avería de mi coche. Si no lo soluciono, no podré participar en la carrera.

—Sí, Jacques. Lo comprendo.

—Madeleine, tienes que venir conmigo. Has de hacer los dibujos para esa revista.

—Pero la carrera no empezará hasta dentro de unos días. Me voy a quedar con el primo André, puesto que me invitó.

André intervino:

—Madeleine, puedes quedarte... Señor Giraud, ella estará en Le Mans cuando empiece la carrera.

Jacques estaba desconcertado.

Madeleine lo tomó del brazo.

—Te acompañaré fuera, Jacques. Enseguida vuelvo, primo André.

—De acuerdo.

Los dos jóvenes salieron de la oficina y se detuvieron ante el

ascensor.

No había nadie a la vista.

—¿Por qué te quedas, Madeleine?

—No creo que mi primo André tenga que ver con el asunto, pero debo cerciorarme.

—¿Se lo vas a decir todo?

—No. Todavía no. Sólo se lo diré cuando esté segura de que es inocente.

—La verdad es que yo he sacado una buena impresión de él. Parece que te tiene afecto, aunque podría estar representando una comedia.

—Ya te he dicho que se portó muy bien conmigo en París.

—¿Estás segura de que no te conviene venir conmigo a Le Mans?

—Supón que voy contigo a Le Mans. ¿De qué forma voy a solucionar mi problema? Siempre estaré temerosa de que aparezcan esos dos hombres, Guy Monnier o el doctor Beltoise.

—Está la policía.

—Pero ¿qué le puedo contar a la policía? ¿Una historia protagonizada por un muerto que está vivo? ¿Me creería alguien?

—Soy tu testigo. Ese hombre. Guy Monnier, tenía una fotografía tuya. Una foto trucada.

—Pero él se quedó con ella.

—Sí, tienes razón.

—Tu testimonio tampoco valdría, Jacques. Debo quedarme.

—Puede ser peligroso para ti.

—No, no creo que lo sea.

—Está bien. Llámame a Le Mans si me necesitas. Hotel Condestable. ¿De acuerdo?

—Sí, Jacques. Si te necesito, te aseguro que te llamaré inmediatamente, aunque tenga que interrumpir tus entrenamientos.

—Trato hecho.

Jacques apretó la mano de ella.

—Eres muy valerosa. Palabra.

Luego Jacques entró en el ascensor y desapareció de los ojos de Madeleine.

La joven regresó a la oficina de André Lalou.

Sólo estaba allí la rubia platino Colette, pero enseguida salió André.

—Acabo de llamar a casa para anunciar tu llegada... Señorita Ferrier, no volveré hoy... Usted se encarga de todo.

—Descuide, señor Lalou —asintió Colette.

—No creo que surja ningún problema... Hasta mañana, Colette.

—Hasta mañana, señor Lalou. Encantada, señorita.

Abandonaron el edificio que estaba junto a la fábrica.

Madeleine observó un enjambre de chimeneas que dejaban escapar grandes columnas de humo.

—¿Cómo va el negocio de tío Maurice, André?

—Nunca ha ido mejor.

Un chófer uniformado estaba junto a un «Mercedes» negro, reluciente.

—Jean, ésta es mi prima Madeleine.

—Bienvenida, señorita Lalou.

—Gracias, Jean.

Los dos primos ocuparon el asiento trasero y Jean puso en marcha el vehículo.

Tras abandonar la fábrica, André dijo:

—Cuando te vi aparecer con Jacques Giraud, pensé que era tu esposo.

—De haberme casado, te lo habría dicho con antelación.

—Pensaba ir por París muy pronto. ¿Y sabes por qué? Por verte. Fue muy agradable mi experiencia contigo.

—Gracias. También yo tengo un grato recuerdo de tu visita.

Llegaron a la mansión de Maurice Lalou.

Estaba rodeada por un jardín defendido por un alto muro.

Jean tuvo que hacer sonar el claxon y un hombre de bigote espeso abrió el portón.

El coche siguió adelante y trazó varias curvas por el camino bordeado de árboles hasta llegar a la casa.

—Todo esto es maravilloso —dijo Madeleine.

—Me ocupé de reconstruir la mansión. Estaba en ruinas, hasta el punto de que el tío Maurice quiso irse a la ciudad. Yo fui partidario de permanecer. Los Lalou han estado aquí desde el siglo XVIII. Claro que, entonces la familia era muy pobre. Un Lalou, en los tiempos de Napoleón, tuvo la idea de dedicarse a la industria textil, pero hasta mitad del siglo pasado no surgió el Lalou que dio empuje al negocio. Fue el abuelo de tío Maurice.

—Y tío Maurice hizo el resto.

—No, Madeleine, no fue él. Hace unos años, después de la Segunda Guerra Mundial, el negocio estaba arruinado... Tío Maurice hipotecó la casa, la fábrica... Tuve que ser yo quien me ocupase de sanearlo todo.

A Madeleine no le gustó la forma en que André hablaba. Pero pensó que tenía motivos para sentirse orgulloso.

Entraron en la casa.

Un criado les salió al encuentro.

André le presentó también a su prima y el criado, Fernand, que era un tipo escuálido, de mejillas chupadas, deseó a la joven una grata estancia en la mansión de los Lalou.

—¿Cómo está mi tío, Fernand? —inquirió André.

—Sigue mal, señor Lalou.

—¿Vino el doctor Collange?

—Lo visitó esta mañana, pero ya se fue. Arriba está la enfermera.

Los dos primos subieron la larga escalera y entraron en un dormitorio.

Madeleine se estremeció al ver a su tío Maurice. Parecía un moribundo ya que tenía la cara seca, la nariz afilada, los ojos cerrados.

Una enfermera explicó a André:

—Acabo de darle la medicina. El doctor Collange me encargó le diese un recado —la enfermera tosió con suavidad mirando a Madeleine.

—No se preocupe. Es mi prima, la señorita Lalou. Puede hablar ante ella.

—El doctor Collange teme un fatal desenlace para hoy.

—Lo siento —dijo André con voz ronca.

—Usted ha hecho todo lo que ha podido.

—Sí, en ese sentido tengo la conciencia tranquila —miró a su prima—. Madeleine, siento mucho que hayas llegado en estas circunstancias. Habría sido mejor que te marchases con Jacques Giraud. Pero todavía puedes alcanzarlo.

—No. Me quedaré.

—Está bien. Ven. Te enseñaré tu cuarto.

El dormitorio de Madeleine era muy bonito y se notaba que

había sido decorado hacía poco tiempo porque su estilo era moderno.

—¿Y tu equipaje? —preguntó André.

Madeleine no acertó a contestar enseguida. No había tenido en cuenta aquel problema.

—Dios mío, se lo llevó Jacques. Y apuesto a que no se da cuenta hasta que llegue a Le Mans... Bueno, al fin y al cabo, me reuniré con él más tarde. Lo solucionaré comprándome algo en Burdeos.

—Está todo cerrado. Tendrás que esperar a mañana.

—Muy bien, esperaré.

—Te acompañaré en tus compras.

—Eres muy amable.

—Hablaré con la enfermera, la señorita Picot. Te podrá dejar algo... ¿Quieres comer algo ahora?

—No, gracias.

—Cenamos a las siete, pero, si quieres bajar antes, tomaremos un vermut juntos. Estaré en mi despacho.

—De acuerdo, André. Ahora voy a tomar una ducha.

André le dio una cariñosa palmada en la mejilla y salió de la habitación.

¿Cómo podía haber dudado de André? Eso era absurdo. André era un hombre encantador.

El cuarto de baño era sensacional, un último modelo.

La bañera de color rosa, con dos escalones.

Se desvistió.

Dejó que le acariciase primero el agua caliente y luego el agua fría.

Entonces oyó que la puerta de la habitación se abría.

—¿Eres tú, André?

No le contestó nadie.

Salió de la bañera y se envolvió con una toalla.

—¿Es usted, señorita Picot? —preguntó de nuevo.

Tampoco le contestaron.

Entonces salió del cuarto de baño.

Lanzó un grito al ver al hombre que estaba sentado en un sillón. Era Guy Monnier.

CAPÍTULO VIII

—¿Usted...? ¿Qué hace aquí? —exclamó Madeleine.

—¿Qué debe hacer un marido, sino estar al lado de su mujercita?

—¡Ya sé lo que es usted! ¡Un loco!

—Cariño, no deberías decir eso.

—¡No soy su mujer!

—¿Te enseño otra vez la fotografía?

—No, no hace falta. Ya la vi.

—¿Y qué te pareció?

—Es una foto trucada. Pero ¿qué demonios hace usted aquí?

—Te seguía la pista.

—No me refería a Burdeos, sino a la casa de mi tío.

—Si viajabas a Burdeos, ¿adónde tenías que venir sino a la casa de tu querido tío?

La joven echó a correr y abrió la puerta.

—Eh, ¿adónde vas? —gritó Guy.

Madeleine no le contestó. Cubierta con la toalla, echó a correr por el pasillo y bajó la escalera.

—¡André...! ¡André! —gritó fuerte.

Vio a la izquierda una pesada puerta. Debía de ser el despacho.

Lo abrió.

Efectivamente, André estaba sentado tras de una mesa. Fumaba un cigarrillo y sostenía con su mano derecha un vaso que parecía contener *whisky*.

—André...

El se levantó.

—¿Qué te pasa, querida?

—Un hombre entró en mi habitación... Un hombre horrible. Se hace pasar por mi marido... No te quise contar nada...

Madeleine oyó pasos a sus espaldas y Guy Monnier entró en la

habitación.

—André —dijo—, ¿por qué no convences a tu querida prima de que deje de escaparse de mi lado? Eso no está bien. Yo la adoro. La amo con locura, y ya ves el pago que me da. Huye de mí y hasta pide auxilio a desconocidos...

André chasqueó la lengua.

—Querida, eso no está nada bien... Guy es tu marido. Debes de ser más dócil. Recuerda que, cuando os casasteis, prometiste obedecerle.

Madeleine escuchó las palabras de su primo con la boca abierta.

—André, ¿qué es lo que estás diciendo?

—Me ha gustado siempre la armonía del matrimonio, aunque no me haya casado. Me disgusta enormemente que los esposos riñan, y me disgusta mucho más tratándose de ti, de mi adorada prima Madeleine.

La joven tragó saliva.

—No, no puede ser... ¡André, tú no! ¡Tú no puedes creer eso! No es mi esposo. ¿Lo entiendes? ¡No lo es! Está tratando de volverme loca. Te lo juro, André. Si él se ha presentado aquí diciéndote que es mi marido, te ha engañado, André.

—Madeleine, ¿por qué niegas lo que es verdad?

—Ya sé, André. El te ha enseñado la fotografía.

—Sí, me enseñó la fotografía. Y tienes dos hijos preciosos, Madeleine. ¿Por qué no me lo dijiste cuando fui a París? Deberías estar orgullosa de tener unos hijos como Christian y Brigitte. Son encantadores...

—¡André, no tengo ningún hijo! ¡Nunca he estado casada! ¡Todo es una trampa!

—¿Una trampa?

—Sí, y no comprendo con qué intención este hombre me ha elegido como víctima...

—Guy —dijo André—, ¿qué tienes que decir a eso?

—Manía persecutoria... Ya te lo he explicado, André. Madeleine cree que yo la persigo y pretendo acabar con ella... Y si no me crees, aquí está el doctor Beltoise.

Se oyeron pasos y entró aquel siniestro médico que Madeleine ya conocía.

La joven se movió instintivamente hacia la mesa tras la que se

encontraba su primo.

—¡André, ése es su cómplice, el doctor Beltoise! Me tenía encerrada en su clínica. Logré escaparme. Un hombre me ayudó. Tú ya lo conoces. Fue Jacques Giraud. Si no hubiera sido por él, habrían logrado lo que querían, acabar conmigo en esa casa de locos...

El doctor Beltoise carraspeó suavemente.

—Señor Lalou, su prima necesita urgentemente mis cuidados profesionales.

—¡No, André, no!

André bebió tranquilamente un trago de *whisky* y dijo:

—Madeleine, debo preocuparme por ti. Y si tu salud está quebrantada, es natural que a tu esposo le interese tu restablecimiento. De modo que vas a ser una buena chica... Irás con el doctor a su clínica. Naturalmente, tu esposo te acompañará.

—Pero ¿qué estás diciendo, André? ¿Es que no me has escuchado?

—Sí, cariño, te escuché bien. Y por ello he llegado a la conclusión de que es cierto lo que dice el doctor Beltoise, que necesitas sus cuidados...

—¡No, André, no! ¡Yo no te pude anunciar mi boda con Guy Monnier porque nunca me casé con Guy Monnier!

—Pero ¿cómo es posible que hayas olvidado tu boda, querida prima? Yo asistí a ella. Fui tu padrino.

Madeleine tuvo la impresión de que le pegaban en la nuca con una maza.

—André, ¿qué es lo que estás diciendo?

—Fue un día muy hermoso. Lástima que tío Maurice no pudiese asistir. Ya sabes que no te tenía mucha simpatía. Pero, cuando se enteró de tu matrimonio, se dio cuenta de que había procedido muy mal contigo. Ya se encontraba atacado por el cáncer y no pudo asistir a la boda. Pero te mandó un buen regalo.

—¿Un regalo?

—Sí. ¿No lo recuerdas? Hizo testamento y te concedió la mitad de su fortuna.

—¿Cómo?

—Que tú ibas a ser mi coheredera. ¿Es que no lo entiendes, cariño...? Es lo más hermoso que te ha podido ocurrir. Tú no has

hecho nada por este negocio y, sin embargo, el tío Maurice, al sentirse enfermo, pensó en su otra sobrina. Ella no se había preocupado por nada. Se había limitado a vivir su vida en París. Sin embargo, el buen tío Maurice se acordó de ti en su testamento. ¿Sabes en cuánto está valorado el negocio? En veinte millones de francos. Una fortuna colosal. ¿No te parece? Y, por tanto, si a ti te corresponde la mitad, tienes derecho a diez millones de francos... ¿Qué hacemos con el negocio, querida? ¿Lo partimos con un serrucho como si fuese una tarta? ¿La mitad para ti y la otra mitad para mí?

Madeleine miraba a André con los ojos muy abiertos. De pronto, todo iba quedando claro. Su tío Maurice, su fortuna, el testamento. Ella era coheredera. Tenía derecho a la mitad...

Y allí estaba André, el trabajador sobrino que había levantado aquel negocio y que, de pronto, un día, se encontraba con que su tío había dispuesto que ella, Madeleine, que no había trabajado nada por aquella industria, tenía derecho a la mitad.

Y en la mente de André debió surgir el plan diabólico.

—André, tú lo has preparado... Cada pieza del rompecabezas ha quedado en su sitio. Tú mandastes componer la fotografía para el caso de que las cosas saliesen mal...

—Cariño, ¿por qué hablamos de eso? Ahora te vestirás y te llevarán en una ambulancia al lugar en donde te pondrán bien.

—¡No necesito que me pongan bien porque éstos completamente sana!

—No, primita, tú estás muy mal. Ni siquiera conoces a tu marido.

—¡Basta ya de farsa!

—¿Y tus pobres hijitos? Pero no te preocupes. Yo me ocuparé de ellos.

—Eres un miserable, André.

—Llévesela, doctor.

—¡Espera, André!

—¿Qué quieres? Si te violentas te va a caer la toalla y darás un espectáculo indecoroso porque imagino, que debajo de ella, sólo tienes la piel.

—El único indecente que hay aquí eres tú, André. Pero quiero llegar a un acuerdo contigo. ¿Lo oyes? ¡Quiero llegar a un acuerdo!

—No sé de qué me hablas.

—Renunciaré a mi parte de la herencia.

—¿Qué herencia?

—¡La mía...! ¡La mitad!

—Cariño, todo eso está arreglado.

—¿De qué forma?

—Tú firmarás tu renuncia.

—Firmaré a condición de que me dejes en libertad.

—Firmarás cuando estés en la clínica del doctor Beltoise.

—¡No estaré en libertad!

—Yo no te he prometido nada.

—André, por lo que más quieras, no me hagas esto. ¡Me importa un rábano tu negocio, la industria, la fábrica! ¡Sólo quiero vivir! ¿Lo oyes? ¡Vivir!

—Por favor, Madeleine, me aburres con tus tonterías.

—André, escúchame... No soy una pintora famosa, pero puedo vivir de mis cuadros. ¿Lo oyes? Todo para ti, absolutamente todo...

—Es lo que dices ahora. Lo siento, cariño, pero no me puedo fiar de ti.

—¿Por qué no?

—Porque el ser humano es ambicioso.

—¡Yo no soy ambiciosa! ¡Sólo deseo seguir viviendo como hasta ahora!

—Si ya has terminado, será mejor que te prepares para marcharte.

—¡No me iré!

—Muy bien. Te cogerán a la fuerza y te llevarán con esa toalla como única indumentaria.

—¡No me pueden llevar así!

—Estás desequilibrada. El doctor Beltoise tendrá camisas de fuerza. Te pondrá una.

Madeleine estaba llena de ira.

—André, a ti te debe bastar mi renuncia a la herencia.

—No me basta. Podrías arrepentirte. Ya te lo he dicho.

—Te propongo otra cosa.

—¿El qué?

—Me casaré con Guy Monnier.

—Oh, no —rió André.

—¿No dices tú que estoy casada, que asististe a la boda? Eso es mentira. Muy bien. Me casaré de verdad con él y renunciaré a la herencia. ¡Haré todo lo que tú quieras, pero no me encierres en la clínica!

—Estás desvariando, Madeleine. ¿No le parece, doctor? ¿Cómo se puede casar una mujer con un hombre con el que ya está casada?

—¡Eres un canalla! —gritó Madeleine y le escupió a la cara.

André se levantó de un salto, resbalándole el vaso, el cual cayó al suelo.

Madeleine, aprovechando el incidente, se lanzó por un abrecartas que había visto sobre una cartera de cuero.

Logró asirlo por el mango.

André retrocedió de un salto.

—¡Cuidado! ¡Desarmarla!

Monnier y el doctor ya estaban corriendo hacia la joven.

Madeleine se volvió con rapidez.

El abrecartas rasgó la manga de Guy Monnier, el cual dio un chillido y retrocedió.

—¡Me ha herido! ¡Me ha herido!

El doctor Beltoise golpeó con el filo de la mano en la clavícula de Madeleine y la joven se desplomó.

Luego el doctor la volvió a golpear en la cabeza con el puño cerrado.

Madeleine perdió el conocimiento.

André estaba pálido.

—¿Qué es lo que tienes, Guy?

—Nada. Sólo es un rasguño.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Échele un vistazo, doctor.

—Lo mío no son las heridas —dijo Beltoise.

—Lo suyo es ayudarnos. Obedezca.

Beltoise miró el brazo de Guy de mala gana.

—Es un simple arañazo. El único daño es que tendrá que ponerse una camisa y un traje nuevo.

En aquel momento sonó el teléfono.

Todos miraron el receptor como si fuese un bicho extraño.

El timbre seguía sonando.

—¿Es que no lo va a coger, André? —inquirió el doctor.

—Sí, claro. Debe de ser de mi oficina. Mi secretaria querrá consultarme alguna cosa.

Tomó el auricular.

—André Lalou al habla.

—Señor Lalou, le habla Jacques Giraud, ya sabe, el piloto de carreras. Quiero hablar con su prima Madeleine...

CAPÍTULO IX

André se había quedado mudo tras oír a Giraud.

—Jacques —dijo—, ¿dónde está usted?

—¿Qué importa eso? Está bien. Se lo diré. Le llamo desde Angouleme... Por favor, que se ponga Madeleine.

—No puede.

—¿Por qué no?

—Se acostó y está durmiendo.

—Despiértela.

André apretó los maxilares.

El doctor y Guy Monnier no dejaban de mirarlo.

—Señor Giraud, mi prima estaba muy cansada —prosiguió André—. Dígame dónde se va a alojar en Le Mans y Madeleine le llamará más tarde, cuando despierte... ¿No cree que es lo mejor? Así Madeleine podrá seguir durmiendo...

No hace falta que le dé mi dirección porque ella lo sabe. Que me llame a Le Mans cuando despierte.

—Sí, señor Giraud.

—Gracias por todo, señor Lalou —repuso Jacques, y colgó.

André exhaló el aire de sus pulmones y dejó el auricular en la horquilla con un fuerte golpe.

—Ese maldito entrometido... ¿Por qué infiernos lo hiciste todo mal? —Se dirigió a Monnier.

—No tienes motivo de queja —dijo Guy Monnier.

—Tú eres un manazas.

—Ha estado a punto de matarme.

—Porque no hiciste las cosas como se debieron hacer.

—Yo hice todo lo que debía. Fue el doctor quien falló. Yo le entregué a tu prima en bandeja. ¿Y qué fue lo que pasó después? Que el doctor Beltoise se dejó engañar por Madeleine. Sí, ella lo dejó con un palmo de narices.

—¡Basta! —gritó Beltoise—. No consiento que un *gigoló* me insulte.

—¿*Gigoló* yo?

—¿Crees que no sé cómo te ganas la vida? Te conozco tan perfectamente como si fuese tu apoderado. Vas de un lado a otro por las playas de moda, exhibiendo tu cuerpo para cazar a viudas adineradas o jovencitas sin seso...

—Oye, doctor del tres al cuarto. ¿Y cómo te ganas la vida tú? Admitiendo a locos que no lo están.

—¡No te consiento eso, Guy! Todos los enfermos que tengo en mi clínica son dementes.

—Menos uno, ¿verdad?

—Todos sabemos por qué lo hemos hecho.

—Por dinero —sonrió Guy Monnier—. Y eso me recuerda que todavía no he cobrado lo que me corresponde, André.

—Ya cobrarás.

—Quiero la mitad ahora.

—¿Por qué?

—Porque me largo.

—El asunto no ha terminado.

—Para mí, terminó. Cumplí las obligaciones para las que fui contratado...

—No. Guy, nadie se va a largar del barco hasta que hayamos llegado a buen puerto.

—La comparación resulta bonita, André —respondió Guy—. Pero es completamente injusta. ¿Para qué soy necesario yo? Yo tenía que atrapar a Madeleine y aparentar que se volvía loca. Hasta me hice pasar por un muerto. Sabíamos dónde se iba a alojar Madeleine con antelación. En el motel Servan... Compré al señor Servan. Y gracias a eso pude meterme en aquel armario. No sé cómo tu prima no quedó muerta en el acto cuando abrió el armario y me vio colgando como un cadáver.

André sonrió cínicamente, mirando a la joven que estaba desfallecida.

—Sí, habría sido un buen negocio para nosotros que el corazón le hubiese fallado.

El doctor Beltoise intervino:

—Le hice un cardiograma en mi clínica y tiene un corazón

perfecto.

Guy Monnier sonrió.

—Tiene otras cosas también muy perfectas.

Se refería a que la toalla que había dejado al descubierto las piernas de la joven y sus redondos hombros.

—Estupendo, Guy. Me alegro de que te guste —dijo André—. Acompañarás al doctor hasta la clínica.

—He dicho que no. Me espera una chica en la Costa Azul.

—Que siga esperando.

—¡No tienes derecho a exigirme más, André!

—Exijo porque soy el que pago.

—Y también el que va a obtener más beneficios.

—¿Qué querías? ¿Qué te diese la fábrica? Diez mil francos es un buen precio por tu intervención.

—No me quejo. Sólo quiero cobrar la totalidad y largarme.

—Cobrarás en cuanto hayas llegado a la clínica. Le daré el dinero al doctor Beltoise. Él te pagará.

—¿Y para qué soy imprescindible?

—Por si le hace falta ponerle una camisa de fuerza.

—Ella no escapará.

—Vas con ellos o te largas sin cobrar los otros cinco mil francos —exclamó André con energía.

Guy titubeó un instante.

—De acuerdo. —Aceptó de mala gana—. Iré con el doctor.

—Bien dicho.

—Pero no te olvides de darle el dinero al doctor Beltoise. En cuanto lleguemos a la clínica, me largaré a la Costa Azul. No me quedará un minuto más ni aunque me lo pida el doctor Beltoise de rodillas.

El doctor intervino:

—Una vez que estemos en la clínica, la chica es asunto mío.

Madeleine empezó a volver en sí.

Se dio cuenta de dónde se encontraba y apretó contra sí la toalla mientras se ponía en pie.

—¿Irás con el doctor, querida?

—Sí, André.

El doctor Beltoise la tomó por los brazos.

—¿Estás convencida de que son necesarios mis cuidados?

—Sí, doctor. Estoy muy mal. Mi cabeza no piensa bien. Sólo dice disparates... —Miró a Guy—. Querido, perdóname. He debido pensar más en ti y en los niños...

—Eh, doctor, ¿qué le pasa? —preguntó Guy.

—Fue el golpe que yo le propiné. Al parecer, se produjo un *shock*. Le hemos estado repitiendo lo de su casamiento contigo y ha llegado a creerlo.

La joven arrugó el ceño.

—Doctor, ¿podré ver a mis hijos pronto?

—Claro que sí.

—La pobre Brigitte me estará esperando... Me quiere mucho, ¿sabe, doctor? Me prefiere a Guy... Guy no lo puede soportar y a veces reñimos él y yo. Y con Chris pasa lo mismo. Los dos me prefieren a mí... Anda, Guy, te desafío a que me mientas.

—No, cariño, no te puedo desmentir. Es cierto. Los niños te prefieren a ti.

Beltoise tomó a la joven del brazo.

—Madeleine, debes vestirme. Tenemos que marcharnos.

—Claro que debemos marcharnos. Quiero estar cuanto antes en su clínica, doctor. Allí me cuidarán muy bien.

—Ya puedes estar segura de que será así.

El doctor se llevó a la joven y salieron de la biblioteca para encaminarse al dormitorio de Madeleine.

—Bueno, todo marcha bien —dijo Guy—. Por lo tanto, ya no hago falta.

—Sigues haciendo falta. Mantengo lo dicho. Irás con el doctor.

—¡No me volveré a meter en un lío como éste en todos los días de mi vida! He de ir a cambiarme.

—No hace falta que vayas a ninguna parte. Tenemos la misma talla. Te pondrás uno de mis trajes.

—Nunca me ha gustado ponerme lo de otra persona.

—Esta vez tendrá que gustarte. No podemos perder el tiempo.

Mientras tanto, Madeleine había subido la escalera siempre acompañada por el doctor.

Al llegar ante su habitación, dijo:

—Espere aquí, doctor.

—No, querida. Debo estar contigo en todo momento.

—¿Por qué?

—Porque el primo André se preocupa mucho de ti.

—Oh, sí. El primo André es una buena persona. Yo estoy mal y él se preocupa de pagarle sus honorarios, ¿verdad, doctor Beltoise?

—Sí. Madeleine. Es él quien me paga.

El doctor abrió la puerta y entró con Madeleine en la habitación.

—Eh, doctor —dijo la joven—, no querrá que me quite la toalla en su presencia.

—Me pondré de espaldas.

—Pero usted es un pillín —sonrió Madeleine—. Usted me mirará.

—No, Madeleine, te juro que no.

—Me fío de usted.

El doctor Beltoise se puso de espaldas y la joven se vistió rápidamente.

El doctor no miraba como había prometido.

Tomó un pesado cenicero y lo descargó sobre la cabeza del doctor.

Beltoise se tambaleó.

—Esto es por el golpe que usted me pegó, doctor —dijo Madeleine y volvió a descargar el cenicero en la cabeza.

Esta vez, Beltoise se derrumbó de bruces.

—Ahí tiene su *shock*, doctor.

Madeleine no se entretuvo. Salió muy aprisa de la habitación.

Empezó a cruzar el corredor cuando oyó unas voces del cuarto próximo al que se encontraba el moribundo Maurice Lalou.

—¿Qué tal me queda este traje? —preguntaba Guy.

—Perfecto —dijo André.

La puerta estaba entornada.

Su primo y su supuesto marido se encontraban allí, y al parecer, Guy se preparaba para acompañarla a la clínica. Pero ella no iría a ninguna clínica.

Bajó rápidamente la escalera.

Tampoco encontró ningún criado.

Abrió la puerta y salió.

Allí estaba el «Mercedes» y Jean, el chófer, no se veía por ninguna parte.

Vio brillar las llaves de contacto. Estaba de suerte.

Se metió en el coche y lo hizo arrancar.

Cuando se acercó al portón, hizo sonar el claxon.

El hombre del grueso bigote no se detuvo a comprobar quién iba en el coche. Corrió a abrir.

Madeleine, apenas se produjo el hueco, apretó el acelerador y el auto saltó hacia adelante como un tigre.

Al cabo de un par de kilómetros, Madeleine rió y lloró al mismo tiempo.

¿Dónde estaba Jacques Giraud? Camino de Le Mans.

Ella también iría a Le Mans.

Giraud era su única ayuda, porque estaba segura de que André y sus secuaces, el doctor y Guy Monnier, emprenderían la persecución.

¿Y la policía?

¿No era obligación de la policía desenmascarar a los miserables y canallas como su primo, como el doctor y como Guy Monnier?

Pero ¿qué pruebas tenía contra ellos?

Siempre lo mismo. No las tenía.

La policía nunca la creería. Todo lo contrario. Cuando empezase a hablar, pensarían que había perdido la razón y los propios agentes la entregarían al doctor Beltoise.

No, de ninguna forma podía correr ese riesgo.

Era Jacques quién tenía que protegerla, quien podía luchar contra aquellos hombres.

¿Cómo era posible que André fuese tan depravado?

Quería conservar la fábrica para él solo. Había trabajado y luchado por el negocio, y la consideraba una advenediza, o mejor una sanguijuela.

André no podía ser imparcial. ¿Acaso había pedido a tío Maurice que la tuviese en cuenta en su testamento?

No, no había pedido nada a tío Maurice, porque ella ignoraba en qué estado físico se encontraba tío Maurice.

Al infierno con sus pensamientos. No valía ninguno para nada. La verdad era que tío Maurice estaba moribundo, que podía morir aquella misma noche y que ella sería coheredera de André.

Se estremeció al pensar en ello.

Tenía que correr, correr mucho, para llegar pronto a Le Mans.

Aquel auto era estupendo para devorar kilómetros. Diez más. Otros diez.

De pronto oyó una sirena.

Era la policía.

El motorista pasó por delante de ella y le indicó que se detuviese en la cuneta.

Ella así lo hizo.

Seguramente iba a exceso de velocidad.

El motorista desmontó y vino hacia ella.

—Oiga, agente, ¿por qué me hace detener?

—Iba demasiado aprisa.

—No me di cuenta. Pero rectificaré, se lo prometo. Procuraré ir más despacio.

—Creo que acabó su carrera, señora Monnier.

—¿Qué nombre ha dicho?

—Señora Monnier.

—Oh, no, agente. Yo no estoy casada.

—Perdone, señora Monnier, pero debo detenerla. Me avisaron, ¿sabe?

—¿Por qué?

—Recibí el informe de su marido. Este coche no le pertenece. Demuéstreme lo contrario y la dejaré marchar.

—Este coche es de mi primo. El me lo prestó.

—Lo siento, pero su primo ha negado que le prestó el coche. Pórtese bien, señora Monnier.

—¿Cuál es su nombre, agente?

—Robert Manevy.

—Escuche. Todo eso que le han contado es falso.

—¿No es usted prima de André Lalou?

—Sí.

—Entonces, para mí, basta.

—¡No le debe bastar! Soy prima de André Lalou. Pero él quiere acabar conmigo. ¿Lo entiende?

—Sí, todo eso me lo explicaron.

—¿Qué le explicaron?

—Que usted se cree víctima de un complot y por eso trata de huir de su esposo, de su primo, de sus familiares. Señora Monnier, ¿no sabe que ellos se quieren preocupar por usted?

—¡No quiero que se preocupen!

Madeleine se dio cuenta de que su frase era desafortunada. Pero

estaba nerviosa y cada vez más llena de terror. La policía no podría creerla a ella, sino a André, puesto que su primo vivía allí, en Burdeos, y sería una persona conocida, mientras que ella era una forastera.

Apareció un coche a lo lejos y el agente dijo:

—Deben ser ellos, señora Monnier, ¿quiere bajar del coche?

CAPÍTULO X

Efectivamente, aquel auto era el de ellos.

Se detuvo detrás del «Mercedes» y por las portezuelas aparecieron André y Guy Monnier. El doctor Beltoise se quedó ante el volante, porque era quién conducía.

—Agente Manevy —dijo Madeleine—, esos tres hombres son unos bandidos... Yo no estoy loca. Me quieren hacer pasar por tal. ¿Y sabe por qué? Porque soy la coheredera de mi primo André. Tengo derecho a la mitad de la fábrica de mi tío. Y mi tío Maurice se está muriendo. Ahora pienso que hasta es posible que mi primo André lo haya ido asesinando poco a poco. Mi primo dice que tío Maurice padece de cáncer, pero yo no estoy tan segura... Por favor, agente, deténgame y lléveme al comisario, que él decida quién tiene razón. Prefiero mil veces ser encerrada en una cárcel...

Todo eso lo dijo Madeleine muy aprisa y notó que el agente la escuchaba interesado.

André y Guy estaban allí, junto al agente.

—Gracias, señor Manevy —dijo André—. Ha sido usted muy amable al detener a mi prima.

—Vendrán conmigo a la comisaría.

—¿Cómo a dicho?

—Es necesario, señor Lalou.

—No le comprendo, agente Manevy. El señor Monnier es el esposo de mi prima, y al volante se ha quedado el doctor Beltoise. Madeleine estaba internada en su clínica y se escapó.

—¿Y por qué fue a su casa, señor Lalou?

—Es lógico que haya venido. Todos los perturbados tienen tendencia a regresar a un lugar que les es familiar...

Madeleine gritó:

—¡Yo nunca había estado en casa de mi tío! ¡Es una contradicción, señor Manevy! ¡Le juro que yo nunca estuve en casa

de tío Maurice! Fui a la oficina de primo André y viajé en coche con él hasta la casa de tío Maurice. Y en ese momento no sabía yo que André era el jefe de la confabulación.

—No se canse, señorita Lalou —dijo el agente—. Ya ha dicho bastante para que los lleve a la comisaría.

André intervino:

—Señor Manevy, usted me conoce. ¿Es que va a poner en duda mi palabra?

—Perdone, señor Lalou, pero no se trata de que dude de su palabra. Éste es un incidente demasiado difícil para que yo lo resuelva aquí... Usted dice que su prima está perturbada, que se fugó con su coche. Las órdenes que me han dado son las de que, en un caso como éste, debo dar cuenta al comisario. Recuerde que sólo soy un agente de tráfico.

André miró al doctor Beltoise que seguía ante el volante del coche en que habían llegado.

El agente dijo:

—Lo siento, señor Lalou, pero ya hemos terminado la discusión. Todos vendrán conmigo.

De repente, el auto tripulado por el doctor se puso en marcha.

Los focos iluminaron a Manevy.

—Eh, ¿qué hace usted? ¡Apague las luces y deténgase!

Beltoise no tuvo en cuenta aquellas palabras.

Lanzó el coche contra el agente.

Madeleine lanzó un grito al ver como Manevy salía lanzado por el aire como un muñeco.

Pero la joven reaccionó enseguida.

El motor del «Mercedes» no había dejado de funcionar. Por un momento pareció que su auto iba a chocar contra la popa del que tripulaba el doctor, pero sólo lo rozó.

—¡Párate, Madeleine! —Oyó que gritaba André.

Ella no le hizo caso y zigzagó en la carretera, con chirridos de neumáticos.

El poderoso motor del «Mercedes» rugió como un animal de la selva.

El coche se enderezó y corrió raudo por el asfalto, agujereando con sus faros la oscuridad de la noche.

Madeleine estaba sobrecogida por la forma en que el doctor

Beltoise había impedido que el agente Manevy los llevase ante el comisario.

Y eso le probaba que aquella gente estaba decidida a todo. Ya no podía tener ninguna duda. La próxima vez que cayese en manos de André, sus minutos estarían contados.

Puso la radio y buscó una emisora que emitiese música.

Luego sacó un cigarrillo del bolso y lo prendió con el encendedor.

¿Por qué no iban a ser descubiertos aquellos hombres que se empeñaban en hacerla desaparecer?

El bien triunfaba sobre el mal.

¿O era sólo un aforismo, una frase vacía?

De pronto vio unos faros a sus espaldas.

Allí estaban ellos.

Pero venían más coches detrás.

Sí, estaba segura. Eran tres. No, cuatro. Los había visto aparecer por una curva.

Le pasó el primero, un descapotable.

Por un momento, el vehículo se mantuvo paralelamente a ella. Los del interior reían y agitaban los brazos, saludándola. Iban disfrazados.

Tras aquel coche pasó otro y también los pasajeros iban disfrazados y se comportaban de la misma forma alocada, riendo y gesticulando.

Un hombre disfrazado de Romeo se puso en pie en el asiento y le gritó:

—¡Venga con nosotros, guapa! ¡No se pierda esta fiesta!

Madeleine apostó consigo misma a que el cuarto coche era el que tripulaban los asesinos.

Entre él y ella había quedado un tercer vehículo que transportaba juerguistas.

De pronto vio que el primer coche y el segundo se metían por un camino a la derecha. Ella también le siguió.

Sería estupendo que André, Guy y el doctor no se hubiesen dado cuenta de que ella seguía a aquellas personas.

Vio que el coche que venía detrás también se metía por aquel camino.

El cuarto pasó de largo.

Su estratagema había tenido éxito. Su primo André, el doctor Beltoise y su falso marido, Guy Monnier, habían seguido por la carretera principal hacia Angouleme.

Los coches llegaron ante una casa.

Ella también se detuvo para no chocar contra el de delante.

El hombre que le había gritado corrió hacia ella.

—Julietta querida —dijo y clavó una rodilla en tierra—, tu familia y mi familia han hecho las paces. Nos podemos amar.

Una joven que estaba vestida como María Antonieta se puso a aplaudir.

—Bravo, Julien. Estás hecho todo un romántico. Se lo recomiendo, querida, es mi esposo y le aseguro que da unos besos sensacionales. —María Antonieta dio un grito y dijo—: Voy en busca de mi sueco.

Echó a correr y subió por una escalera hacia la casa.

Madeleine bajó del coche. Le convenía estar allí de momento.

Romeo la tomó de la mano.

Un tipo muy gordo, disfrazado de Nerón, se acercó e hizo sonar las cuerdas de una lira.

—No le hagas caso a Romeo, Popea. Tú perteneces a mi época.

El hombre disfrazado de Romeo pegó con el codo en el vientre de Nerón, el cual soltó un aullido.

—Eh, puerco, el que seas dueño de la casa y banquero no te permite quitarme la chica.

—Tú estás casado.

—Tú también.

—Pero, cómo acabas de decir, soy el dueño y tengo la obligación de atender a mis invitados... Popea, por favor, ven conmigo.

Madeleine aceptó el brazo del hombre gordo y se fue con él.

Romeo se quitó el sombrero que tenía una pluma y lo arrojó al suelo en un gesto rabioso.

El gordo Nerón y Madeleine entraron en la casa y él dijo:

—Popea, puedes pedir lo que quieras, pero, por favor, que no sea un baño con leche de burra.

—Un disfraz.

—¿Cómo?

—Quiero un disfraz. ¿No ve cómo estoy?

Ésa era la mejor solución para ella. Disfrazarse y marcharse de

allí con otro coche que no fuese el «Mercedes».

Podría viajar hasta Le Mans disfrazada y en otro auto.

Por fin ocurría algo que le era favorable.

Se convertiría en una ladrona de coches, pero ya había empezado por robar el «Mercedes» de André. Las circunstancias eran desesperadas y no tenía dónde elegir.

—Popea, tú solo puedes disfrazarte de Popea —dijo el gordo.

Estaba muy ebrio.

—¿Sólo tienes disfraces de Popea?

—Claro que no. Mi esposa tiene toda una colección.

—Entonces, llévame al dormitorio de tu mujer.

—Tú eres mi mujer, querida Popea... Vayamos al tálamo nupcial.

Aquello no le gustó a Madeleine. No estaba dispuesta a salir de la sartén para caer en las brasas.

Subieron por una ancha escalera y al llegar arriba vieron que un hombre y una mujer se estaban besando.

—Que aproveche —dijo el gordo.

Madeleine observó asombrada que era la mujer de Romeo.

Bueno, no podía asustarse de nada. Era la *dulce vita*.

Entraron en un dormitorio tan grande como un campo de baloncesto.

Todos los muebles habrían alcanzado una alta cotización en el mercado de segunda mano.

El banquero hizo deslizarse la puerta de un armario empotrado.

Madeleine vio trajes de noche, media docena de disfraces y, en la parte inferior, docenas y docenas de zapatos.

Mientras observaba los disfraces, el gordo la atrapó por detrás y trató de besarla en el cuello.

Madeleine le pegó en el estómago.

—Popea, esto no se hace.

—Espera que me vista, Nerón.

—¿Y qué hago mientras tanto?

—Toca la lira y canta.

—No es mala idea. ¿Qué quieres que te cante?

—Lo que tú quieras. No tengo preferencias. Tu voz es tan melodiosa...

Nerón se sentó en el borde de la cama. Tomó la lira y se puso a

cantar con voz que más parecía el roce de una sierra contra el metal.

Madeleine ya había elegido su disfraz. El de Barbarella, que Jane Fonda había puesto de moda en una película, dirigida por su marido Roger Vadim. Era un traje muy mono, futurista y, si agregaba el antifaz, sería perfecto para cumplir su objetivo.

Cogió el traje y el antifaz y se fue al cuarto de baño.

Nerón dio un salto y fue tras ella.

—¡Yo te vestiré, Popea!

—No soy una niña —dijo Madeleine—. Sigue cantando, Nerón.

Sin embargo, el banquero trató de seguirla, pero la joven le volvió a golpear en el estómago.

Nerón retrocedió, yendo a caer sobre la cama.

Madeleine se encerró en el cuarto de baño.

Invirtió unos minutos en despojarse de su vestido y ponerse el disfraz.

Se miró en un enorme espejo y encontróse seductora, atractiva.

¿Cómo diablos podía pensar en semejante cosa ahora?

Pero ojalá la viese con aquel traje Jacques Giraud.

¿Por qué Jacques Giraud?

Su voz interior le contestó: «Madeleine, éste es el único hombre que te ha ayudado. Si no hubiese sido por Jacques, nunca te hubieses podido librar de esos hombres. ¿Qué sientes por él? Agradecimiento».

¿Agradecimiento nada más?

¿O se estaba enamorando?

Se puso el antifaz.

Todo perfecto.

Salió del cuarto de baño y Nerón, que estaba cantando una horrible canción, se quedó con la boca abierta.

—Popea, ¿qué has hecho? Me has traicionado.

—Oiga, banquero, usted me dio a elegir el disfraz...

Nerón le cogió la mano y empezó a besarla y a llorar.

—Quiero que seas Popea... Quiero que seas Popea...

La puerta se abrió bruscamente y entró Judien, el hombre disfrazado de Romeo.

—Bernard, eres un puerco —dijo, tambaleándose porque también él había bebido con exceso.

—No soy Bernard, sino Nerón.

—Perdona, rectificaré. Eres un cerdo, Nerón. Yo vi a esa chica antes y me corresponde a mí...

—¡A mí! ¡Es mía...!

—Sería tuya si fuese Popea, pero es Barbarella. Sólo existe una solución. Nos barremos.

—¿A póquer o dados?

—A dados.

—Trato hecho.

El banquero llamado Bernard se dirigió a la mesilla de noche y sacó un cubilete con dados.

Romeo se dejó caer en el suelo y Nerón le imitó.

Bernard, el banquero, agitó los dados dentro del cubilete y lo volcó en el suelo.

—Tres reyes. Voy a ganar.

—Yo superaré tu jugada —exclamó Romeo.

Madeleine no quiso esperar más.

Se había ido acercando a la puerta mientras los dos hombres discutían. Se deslizó sigilosamente por el hueco y salió de la habitación.

Alguien la atrapó por detrás.

Dio un grito, volviéndose.

Era un hombre disfrazado de Mefistófeles.

—Mi querida Margarita...

—No soy Margarita. Soy Barbarella.

—Eso ha sido obra de Fausto. Te camufló de Barbarella para librarte de mí... Yo soy quién está enamorado de ti, Margarita y no Fausto. Yo fui quien le devolvió a él la juventud. Y también te haré a ti joven.

—Ya soy joven.

Trató de besarla.

Madeleine le pegó un puñetazo en el mentón y echó a correr.

Mefistófeles, que no había llegado a caer al suelo, lanzó una risotada escalofriante.

—Si das un paso más, te convertiré en una rana, Margarita.

Madeleine empezó a bajar la escalera.

Pero se detuvo unos peldaños más abajo, porque allí, en el umbral de la puerta, estaban André Lalou y el doctor Beltoise,

hablando con una mujer disfrazada de india.

CAPÍTULO XI

¿Cómo no lo había tenido en cuenta?

Naturalmente, ellos, André, Guy Monnier y el doctor Beltoise se habían percatado de aquellos juerguistas. Los coches de éstos se habían interpuesto entre el «Mercedes» y, probablemente, después de preguntar en algunos lugares, llegaron a la conclusión de que ella se había ido con aquellas personas disfrazadas.

Mefistófeles la alcanzó.

—¡Ya te tengo...! ¡Ya te tengo!

—Mefistófeles, llévame al jardín. Quiero estar junto a ti. Fausto me ha preparado una trampa y quiero librarme de él.

—Sí, Margarita, ahora mismo te llevo al jardín. Allí estaremos juntos, sin molestas compañías.

—Eso es lo que yo deseo, Mefistófeles.

Madeleine lanzó una carcajada y pegó un palmetazo en el cogote a Mefistófeles, el cual hubiese caído si ella no lo hubiese detenido.

Se colgó de su brazo y bajó sonriendo.

Pasaron junto a André y el doctor Beltoise, quienes seguían hablando con la india.

—Estamos buscando a una joven. Es mi prima, señora —decía André.

Madeleine les dio las espaldas, a pesar de que llevaba el disfraz y tiró fuerte de Mefistófeles, haciéndole avanzar más aprisa.

Llegaron a la parte más oscura del jardín.

Mefistófeles la detuvo en un banco y la hizo sentar.

—Margarita, al fin solos...

La iba a besar, pero Madeleine se apartó a tiempo y Mefistófeles cayó sobre el banco.

Madeleine corrió hacia donde estaban los coches.

La joven miró a la casa y no vio a André ni al doctor Beltoise.

Se metió en uno de los autos.

Como cabía esperar, tenía puestas las llaves de contacto.

El vehículo se puso en marcha y Madeleine fue aumentando lentamente la velocidad, porque no quería marcharse con demasiado ruido.

Regresó por aquel camino hacia la carretera.

Vio unos faros a su zaga.

No, no podían ser el primo André, ni el doctor Beltoise, porque habían estado dentro de la casa.

Pero ¿y Guy Monnier? ¿Dónde estaba Guy Monnier?

Naturalmente, se debió quedar en el coche.

¡No había contado con él!

A pesar del disfraz, Guy la debió de reconocer o quizá le resultó extraño que una joven que participaba en la juerga se marchase tan pronto y sin compañía masculina.

De nada había valido su nueva estratagema.

Llegada a la carretera, giró hacia el camino de Angouleme y Le Mans.

Y aquel coche también se desvió, siguiéndola.

Aquella persecución no terminaría nunca.

Se acordó de algunas novelas y de algunas películas.

La protagonista femenina era víctima de una confabulación como ella, y siempre corría y corría con la lengua fuera.

Pero había una diferencia con respecto a su situación.

Que en los relatos novelescos y en el cine todo acababa felizmente.

No, ella no tendría tanta suerte.

Aquello era la vida real.

Y su primo André, el doctor Beltoise y Guy Monnier se habían comprometido demasiado al desembarazarse del agente de tráfico.

Pondrían toda la carne en el asador.

Hasta entonces se habían contentado con encerrarla en una clínica de enfermos mentales para conseguir más tarde su renuncia a la mitad de la herencia de tío Maurice.

Porque ahora se veían obligados a cambiar su plan, porque no les bastaba con encerrarla. En cuanto la atrapasen, la matarían, y la mitad de su herencia pasaría a poder de su primo André.

Así de sencillo sería todo.

Al llegar a tal punto de sus pensamientos, sintió una fuerte

opresión en el pecho.

El coche que corría detrás se acercaba rápidamente.

Vio un cartel indicador: «Estación de Servicios, a quinientos metros».

Tenía que detenerse allí. Pedir auxilio.

Llevó el coche hacia el restaurante y frenó en seco, saltando del coche.

El segundo auto frenó detrás de ella.

Al entrar en el restaurante volvió la cabeza y ya no tuvo duda de quién era su perseguidor. Guy Monnier.

Entró en el local.

Había sólo tres clientes y un hombre detrás del mostrador.

Corrió hacia allí.

—Oiga, necesito que me ayude...

—Demonios, si es Barbarella... Eh, muchachos, aquí tienen a Jane Fonda en persona.

El que decía aquello, el tipo del mostrador, tenía cara de boxeador retirado.

Los tres clientes a quienes se dirigía eran camioneros. Uno de éstos se puso en pie. Era muy alto.

—Eh, muñeca, aquí estoy yo para ayudarte.

Guy Monnier entró en el local y oyó al camionero.

—Disculpe, amigo, pero está hablando a mi esposa.

—¡No soy su esposa! —gritó Madeleine.

Guy Monnier se dirigió a la joven:

—Querida, tienes un antifaz en la cara y si le digo que eres mi esposa, es porque te conozco bien.

El camionero había perdido sus ímpetus iniciales al oír a aquel hombre que decía ser el esposo de la joven disfrazada. Volvió a ocupar su silla.

Guy, satisfecho por los resultados de su intervención, caminó hacia la joven.

—¿Lo ves, Madeleine? Hoy día se respeta la institución del matrimonio.

—Guy, quiero hablar en serio con usted.

—Muy bien. Hablaremos en el coche.

—No. Aquí, antes de que ellos vengan.

La joven fue hacia una mesa y se sentó. Guy también lo hizo y

dio un suspiro.

—La verdad es que nunca he trabajado como ahora.

—Guy —dijo Madeleine—, usted no es como ellos.

—¿Y cómo son ellos?

—Unos asesinos.

—Calla la boca.

—Mataron al agente.

—He dicho que te calles.

—Guy, le haré una oferta mucho mejor que la de mi primo.

—¿De veras?

—No sé cuánto le ofreció él, pero yo le daré el doble.

—Tu primo me ofreció diez mil francos.

—Yo le daré veinte mil.

—Sí, eso es el doble. Pero quiero ver tus veinte mil francos.

—No los tengo aquí.

—Claro que no los tienes aquí. Ni yo tampoco.

—Tengo derecho a la mitad de la herencia.

—Conque es eso... Conque me vas a pagar con algo que no existe...

—¡Sí, existe! Recuerde que tengo derecho a la mitad del negocio de mi tío Maurice.

—Pero es lo mismo que si yo tuviese la mitad de la isla de Córcega. La mitad de nada, es nada.

—¿Es que no se da cuenta de que legalmente yo soy la heredera de mi tío y que por eso mi primo André me quiso convertir en una demente, para apoderarse de toda la herencia? André cometió un error al no hacerme firmar la renuncia en su casa. Sigo viva, Guy, y fui testigo de cómo murió un agente. Usted también lo fue. ¿Por qué aliarse con ellos cuando lo pagará con una sentencia muy grave cuando se sepa la verdad?

—¿Y quién va a decir la verdad?

—Yo.

—No, cariño, tú no vas a decir nada. Estás loca.

—Le conviene pasarse de bando, Guy. Usted es un hombre de mundo y debe tener sentido común. Ustedes intentaron realizar un plan, pero fracasaron, y el hecho de que usted y yo estemos en este bar, hablando, es la prueba más clara de lo que digo.

—Ahora todo se enderezará porque estás en mis manos.

—Puedo pedir socorro.

—Nadie te lo prestará. ¿Es que no lo oíste? Eres mi esposa. Todos quedaron convencidos de ello, de que soy un marido cumplidor de su deber, que vino en tu busca. Yo no estoy disfrazado. Tú eres una juerguista que te has ido con otro hombre. ¿De qué parte se van a poner ellos? Si les pido que me ayuden a transportarte a mi coche, se ofrecen todos voluntarios.

—Cien mil francos...

—¿Qué?

—Cien mil francos.

Guy se echó a reír.

—Ha sido una subida fulminante. De veinte mil a cien mil.

—Es lo que te ofrezco.

—Qué sueño más bonito.

—Es una realidad, Guy. Le prometo que le daré cien mil francos.

—Toda una fortuna.

—La tendrá.

—Pasa por entre los dedos —dijo Guy, extendiendo la palma hacia arriba—. Resbala como si fuese agua.

—No será agua. Se lo prometo, Guy.

—Lo siento, nena. No puedo —dijo él, y se levantó.

—¿Qué va a hacer, Guy?

—Ya descansamos demasiado. Vámonos.

—¡No iré con usted!

—¿Quieres que te lleve a la fuerza, querida?

—Inténtelo.

—Muy bien. Tú lo has querido.

De repente, se oyó una voz:

—Será mejor que se esté quieto, Guy.

Madeleine alzó los ojos y se quedó asombrada. Vio allí delante a Jacques Giraud.

—¡Jacques!

—Hola, Madeleine. ¿Cómo estás?

—Mucho mejor ahora que llegaste.

Guy Monnier no perdió la sonrisa.

—Señor Giraud, debería estar en Le Mans.

—Pero estoy aquí para impedir que un miserable secuestre a una mujer.

CAPÍTULO XII

—Señor Giraud, ha corrido mucho —dijo Guy Monnier.

—Casi tanto como usted.

—No. Yo corrí más, porque ella es mi esposa.

—Eso ya no cuela.

—Conque no, ¿eh...? Le demostraré que sirve, Giraud... Eh, muchachos, aquí hay un tipo que quiere quitarme la mujer.

Jacques le soltó un puñetazo en la mandíbula.

Guy cayó sobre una mesa y se derrumbó al suelo.

El camionero de antes se volvió a levantar.

—Eh, fulano, ¿qué es lo que hace?

—No se meta en esto.

—Me tengo que meter... Acaba de pegar a su marido y ya sé quién es usted...

—¿De veras?

—Usted es el otro, el que completa el triángulo.

—No acertó, compañero.

—¿No?

—Ella no está casada.

—El dijo que sí.

—Era una mentira.

—Mentira o no, yo estoy de parte de él —señaló al caído Guy, que estaba medio inconsciente.

El camionero se dirigió con paso resuelto a Jacques y le tiró el puño derecho.

Giraud lo burló con facilidad y replicó con un tremendo zurdazo al estómago.

El camionero retrocedió soltando arcadas.

Jacques lo terminó de fulminar con la derecha.

El camionero que había querido defender a Guy cayó en el suelo y ya no se volvió a levantar.

Jacques pensó que tendría que vérselas con los dos hombres que acompañaban a su último rival, pero se quedaron quietos en las sillas.

—Vamos, Madeleine —dijo el corredor de coches.

La joven salió con Jacques.

—Tengo allí mi auto —dijo Jacques—. Ahora nos iremos los dos a Le Mans. Es lo que debimos hacer desde un principio.

Se sentaron en el coche y ella se quitó el antifaz.

Cuando Jacques empezó a correr, ella preguntó:

—¿Por qué volviste?

—Llamé a casa de tu tío y me dijeron que estabas durmiendo. No lo creí.

—En realidad, estaba durmiendo, porque me habían dejado sin sentido.

—¿Quién?

—El doctor Beltoise.

—¿Por qué no me, lo cuentas con detalle?

—Todo empezó cuando tío Maurice quiso hacerme heredera de la mitad de su negocio, valorado en veinte millones de francos.

Jacques lanzó un silbido.

—Caramba, te has convertido en una rica heredera. Debo tenerlo en cuenta a partir de ahora.

—Ya sabes a qué se debe la confabulación. Mi primo André me odia con todas sus fuerzas. A su juicio soy una ladrona. Le voy a robar la mitad de la industria de mi tío. Según André, a él se debe que se haya engrandecido el negocio...

—Yo agregaría otra cosa. Tu primo, además de estar lleno de odio, está chillado...

Madeleine le hizo un relato de sus aventuras desde que Jacques la dejó en compañía de su primo André.

Jacques frenó el coche.

—¿Qué haces, Jacques?

—No debemos ir a Le Mans.

—¿Por qué no?

Giraud encendió dos cigarrillos y entregó uno a la joven.

Luego contestó:

—Escucha, Madeleine, tu primo ha llevado las cosas demasiado lejos. Hay un agente muerto... Y ahora no se van a contentar con

encerrarte en la clínica del doctor Beltoise. Querrán matarte.

—Sí, a la misma conclusión llegué yo. No tengo ninguna duda.

—No podemos seguir corriendo perseguidos por ellos.

—¿Y qué se te ocurre?

—Pasar a la ofensiva.

—Pero ¿cómo?

—Al llegar a Burdeos, ni tú ni yo sabíamos por qué un hombre se hizo pasar por muerto en el motel Servan, para más tarde aparecer vivo diciendo que era tu esposo. En fin, no quiso hacer un resumen del caso, puesto que los dos estamos bien informados.

—Desgraciadamente.

—Pero ahora conocemos las razones del complot. Hemos de desenmascararles, Madeleine.

—No tenemos pruebas.

—Hay una.

—¿Cuál?

—Apuesto a que tu primo está matando a tu tío André.

—Está muy decaído, y André dijo que era el cáncer.

—Pero puede ser otra cosa. Por ejemplo, un envenenamiento lento.

Madeleine se mojó los labios con la lengua e hizo un gesto de asombro.

—¿Quieres decir que debemos volver a casa de tío Maurice?

—Premio a la heredera de diez millones de francos. —Jacques la besó en los labios.

—Eh, Jacques, ¿por qué me besas?

—¿Por qué va a ser? Por los diez millones de francos...

—Te debería abofetear por tu interés.

—Vine aquí sin saber que eras heredera de nada.

—Entonces da la verdadera respuesta.

—Creo que me he enamorado de ti, Madeleine.

—¿Y qué más?

—Probablemente, te voy a pedir que te cases conmigo.

—¿Sólo probablemente?

—Si salimos con vida.

—Entonces, marchémonos a Le Mans.

—Allí me voy a jugar también la vida.

—Pero es mucho más peligroso volver a Burdeos.

—Sí, es posible, pero no me gusta dejar un negocio sin resolver, antes de emprender otro.

—¿Lo has pensado bien, Jacques?

—Seguro, Madeleine —dijo él y la volvió a besar.

—Quiero decirte un secreto, Jacques.

—Adelante.

—Yo también me he enamorado de ti.

—Eso es maravilloso, heredera.

—Eh, que todavía no heredé...

—Vamos a hacer lo posible para que el primo André no se salga con la suya.

—Tengo la impresión de que no vamos a llegar a tiempo de salvar a tío Maurice. La enfermera dijo que el doctor Collange esperaba un fatal desenlace para esta misma noche.

—Entonces, hay que darse prisa.

Jacques dio la vuelta al coche, echando a correr por el camino que habían traído hasta ahora.

—Llegaremos antes que ellos a casa de tío Maurice. André y el doctor Beltoise han debido quedarse anclados con esos jueguistas puesto que Guy Monnier utilizó el coche para ir detrás de ti.

—Pero han podido pedir prestado un auto o se habrán apoderado de uno de ellos, como yo hice.

—Sí, es posible. Pero quizá tu fuga puso sobre aviso a Nerón, Mefistófeles y compañía...

—En ese caso, no habrán tenido más remedio que quedarse allí esperando a Guy Monnier. Tienes razón. Ellos habrán creído que Guy Monnier me atraparía y me llevaría a la casa. ¿Por qué no ser optimista? —sonrió la joven.

Jacques le devolvió la mirada y trató de besarla inclinándose sobre ella.

En ese momento se cruzaron con un coche.

—¡Cuidado, Jacques!

Sin embargo, no hubo ningún peligro y Jacques la besó.

—Las dos manos en el volante, conductor.

—Soy un piloto de carreras y puedo hacerlo con una sola mano.

—Pero es que yo quiero que me abras con las dos.

Tuvieron suerte al llegar a la mansión del tío Maurice. El portón estaba abierto. Quizá el tipo del bigote decidió no cerrarlo, puesto

que André Lalou había salido y no tardaría en regresar.

Y también debería estar durmiendo, porque no salió cuando el bólido de carreras de Jacques pasó por el hueco.

En la casa sólo había luces en una ventana, la que correspondía a la habitación de tío Maurice.

Llamaron a la puerta y les abrió el criado Fernand.

—Señorita Lalou, ¿usted aquí...?

—Sí, Fernand, ya estoy aquí.

—¿Y el señor Lalou?

—Se quedó en una tiesta.

—¿En una fiesta dice?

—Fue una invitación especial y no quiso rehuir. ¿Cómo está mi tío?

—Muy mal.

—¿Vino el doctor?

—No, señorita, pero la enfermera, la señorita Picot, se encuentra constantemente a su lado.

—Está bien, Fernand.

La joven y Jacques se dirigieron hacia la escalera.

Poco después entraron en la habitación de tío Maurice sin llamar.

La enfermera estaba tratando de dar un vaso de leche al enfermo y se levantó sobresaltada.

—Señorita Lalou, no puede entrar aquí... —dijo, alterada.

—¿Por qué no?

—Porque su tío está moribundo.

—Si está moribundo, ¿por qué le da un vaso de leche?

—Fue orden del doctor.

Jacques se dirigió sonriendo hacia la enfermera.

—Oiga, si él está por morir, creo que la leche me la beberé yo.

Le arrebató el vaso a la enfermera y se lo llevó a los labios. Pero se detuvo.

—Estoy pensando en otra cosa, señorita Picot. En que la beba usted.

—No, gracias. No quiero leche.

—Es muy buena. Tiene vitaminas. Estoy seguro de que ha realizado un trabajo muy duro al lado del enfermo.

—Sí, tiene razón. Llevo aquí quince días.

- Pues esta leche le repondrá. Beba.
- He dicho que no quiero leche.
- Sin embargo, la va a beber, señorita Picot.
- ¡He dicho que no!
- ¿Quizá porque tiene veneno, señorita Picot?

CAPÍTULO XIII

La enfermera hizo un gesto de estupefacción.

—¿Qué dice usted? Ni siquiera sé quién es. ¿Cómo se ha metido en esta habitación?

—¿Es que no lo ha visto? Entré acompañando a Madeleine Lalou, sobrina del señor Lalou.

—Yo se lo presentaré —intervino Madeleine—. Jacques Giraud, es piloto de carreras y va a participar en las Veinticuatro Horas de Le Mans.

—Y ahora beba la leche —dijo Jacques.

—¡No la beberé!

—Entonces, la tragaré a la fuerza.

La señorita Picot pegó un manotazo al vaso y éste cayó al suelo, desparramando su contenido.

—Confiese que tenemos razón, señorita Picot —dijo Jacques.

—No voy a confesar nada.

—¿Con qué lo está envenenando?

—No lo estaba envenenando.

—Tiene que decirlo rápidamente para darle el antídoto. Señorita Picot, aún tiene una oportunidad. Ya sabe que el fiscal es benévolo con aquellas personas que colaboran para desenmascarar a los criminales...

La enfermera tragó aire y contestó:

—Imagino que ha sido en pequeñas dosis.

—Arsénico.

—Sí, muy pequeñas.

—¿Tiene cáncer?

—No.

—Llame a un doctor, pero no a su jefe. Debe conocer un doctor honrado.

—Sí, señor.

—Dése prisa.

La enfermera utilizó el teléfono de la mesilla de noche.

—¿Doctor Noguères? Por favor, ¿puede venir a casa del señor Maurice Lalou?

Jacques le quitó el auricular.

—¿Doctor Noguères...? Se trata de un envenenamiento con arsénico. Le ruego que venga con la máxima urgencia y que traiga lo necesario para atender al enfermo.

—Ahora mismo voy.

—Gracias, doctor Noguères. Le esperamos.

Jacques no había colgado todavía el receptor cuando la puerta se abrió dando paso a André y al doctor Beltoise.

André tenía una pistola en la mano. Sus ojos centelleaban iracundos.

—Conque otra vez aquí, ¿eh?

Madeleine corrió al lado de Jacques.

—Estás muy bonita con ese traje, cariño —sonrió André—. ¿No le parece que es una Barbarella sensacional, doctor Beltoise?

—Sí, André, muy atractiva. Pero no hemos venido a soltarle requiebros.

—No. Hemos venido a acabar de una vez con nuestro problema.

Jacques Giraud sonrió.

—Señor Lalou, me temo que su problema es mucho más grave de lo que usted supone, y ya no va a tener oportunidad para resolverlo.

—Nunca debió volver a Burdeos, Giraud.

—¿Y qué tenía que hacer?

—Seguir en Le Mans para participar en la carrera.

—Esta carrera me resultó más interesante.

—Creo que se equivoca.

—No me asusta usted con su pistola.

—Pues es una lástima que no se asuste, porque también habrá plomo para usted.

—Le voy a decepcionar mucho. Ya sabemos que está envenenando a su tío.

André desvió los ojos hacia la enfermera.

—¿Qué le ha dicho, señorita Picot?

—Me obligaron. Querían que bebiese leche... Arrojé el vaso al

suelo, pero luego me amenazaron. No tuve más remedio que hablar.

Jacques continuaba con el receptor en la mano.

—Ande, dígale lo otro, señorita Picot, que he hablado con el doctor Nogueres.

La enfermera sonrió a André.

—Puede estar tranquilo, señor Lalou. No hablé con el doctor Nogueres.

—¿No? ¿Y con quién lo hizo?

—Con mi jefe, el doctor Collange. Pero le dije otro nombre, el de Nogueres, para engañar a su prima y a Giraud...

André sonrió triunfalmente.

—¿Ha oído eso, Giraud? No es tan listo como cree.

Jacques dejó el receptor en la horquilla.

—Por lo visto, nos ha tocado perder.

Madeleine gimió con desconsuelo.

—De nada nos valió llegar antes que ellos.

—Sí, primita, nunca lo debiste dudar —rió André.

—Muy bien. Firmaré mi renuncia a la herencia. Ordena a tu médico loco que me lleve a su clínica de locos.

—Yo me asumo al homenaje —dijo Jacques—. Me voy con ella a la clínica.

—No, Giraud, usted se queda —contestó el médico.

—Eh, no puede oponerse a que yo me crea Napoleón...

—Le recuerdo que ella no es Josefina, sino Barbarella.

—Entonces, yo soy Roger Vadim... Doctor, prométame que me dejará rodar de vez en cuando una película en su casa de locos. Seguro que me clasifican con los de la nueva ola. Con un poco de suerte, seré considerado un genio... ¿Lo ves, Madeleine? Las cosas se pueden arreglar fácilmente.

—Deje de decir payasadas, Giraud —gritó André.

—¿Le parecen payasadas?

—Lo son.

—¿Y qué va a hacer en lugar de internarme?

—Ya se lo dije. Le voy a recetar plomo.

—Habla usted como un

cow-boy

de una mala película del Oeste. Usted es un industrial, un hombre que ha levantado un negocio arruinado.

—Y que no consiento ser robado.

—André, usted necesita los cuidados del doctor Beltoise mucho más que Madeleine y que yo. Es el único enfermo mental que hay entre estas paredes. Y si tiene alguna duda, consulte con su cómplice, el doctor Beltoise, y que él le diga la verdad.

El médico bostezó.

—André, esto cada vez me aburre más.

Jacques lo señaló con el dedo.

—¿Me va a obligar a rectificar, doctor? ¿Quizá usted está más chiflado que André?

—¡Ya basta!

Madeleine dejó oír su voz.

—Te falta saber lo más importante, querido primo.

—¿Sí? ¿Y qué es?

—Algo con lo que tú no has contado.

—Habla. ¿De qué se trata?

—De Guy Monnier.

—¿Dónde está?

—Con la policía.

—No me digas que lo detuvieron por exceso de velocidad.

—No, André. Jacques y yo lo entregamos a la policía antes de ponernos en camino hacia Burdeos. Jacques y Guy pelearon en un restaurante del camino. Acudió la policía y entonces Jacques y yo les contamos la verdad.

—¿Con respecto a tu caso?

—No. Claro que no. No nos habrían creído. Les dijimos los nombres de las personas de la muerte de cierto agente de tráfico... Ya deben estar en camino.

André se echó a reír.

—Es una buena invención, prima. Pero da la casualidad de que soy un hombre muy poco crédulo. Si todo eso que estás diciendo fuese verdad, la policía habría venido con vosotros. No, cariño, tú y Giraud no contasteis nada a los policías.

—Muy bien. Fue una invención mía.

—Gracias por aceptarlo.

—No voy a pedir por mi vida.

—Entiendo. Vas a pedir por la vida de tu enamorado Jacques Giraud.

—Ni siquiera por él. Se trata de tío Maurice... No merece morir así. Es horrible lo que has hecho con él, André.

—Se lo mereció.

—¿Cómo te atreves a decir eso?

André miró con odio al hombre que se consumía en el lecho.

—Me trataba como a un imbécil, cuando yo era pequeño.

—Pero eso fue hace mucho tiempo.

—No he olvidado sus riñas, sus golpetazos. ¿Sabes lo que hacía para castigarme? Me encerraba en una habitación.

—Muchos padres lo hacen. Probablemente, tío Maurice tenía motivos para castigarte de esa forma.

—Era un pobre de espíritu. No se atrevía a ampliar el negocio. Tuve que ser yo quien aportase las ideas y la acción... Todo lo que es hoy día la industria Lalou se debe a mí...

—Estupendo. Has probado ser un gran hombre de negocios. Pero ahora no te puedes convertir en un gran criminal.

—Qué frase tan bonita te salió.

—Estoy hablando en serio, André.

—Y yo también.

—André, todavía podemos salvar a tío Maurice. Lo habéis envenenado lentamente y, si acude rápidamente un buen médico, podrá evitar el daño que estabas a punto de causar.

—Ya no puedo volver atrás.

—Pero tío Maurice no está muerto, ni Jacques Giraud, ni yo...

—Hay un cadáver por medio, el de un agente de tráfico.

—Entrégate a la policía.

—Eso es una estupidez. Por nada del mundo lo haría, porque yo soy el vencedor. ¿Lo comprendes? ¡Os he ganado a todos! ¡Voy a ser el único dueño de la fábrica!

—La policía investigará acerca del agente de tráfico.

—Has visto demasiadas películas.

—No se trata de películas, sino de la realidad. Sabrán qué clase de coche mató al agente. A partir de ahí, proseguirán su investigación. Será laboriosa, pero terminarán por descubrir la verdad.

Jacques echó a correr y saltó por la ventana, cuyos cristales estallaron a su paso.

CAPÍTULO XIV

André hizo fuego.

Madeleine no supo si Jacques había sido alcanzado por la bala antes de desaparecer.

El doctor Beltoise corrió hacia la ventana y se asomó.

—Está abajo, inmóvil... Debió matarse.

Madeleine escondió el rostro entre las manos y emitió un sollozo.

—¡Jacques!

—El se lo ha buscado —dijo André—. Ese estúpido entrometido debió dedicarse a lo suyo, a los coches de carreras, y no a salvar a una ladrona.

—¡No soy una ladrona! ¡No le pedí nada a tío Maurice!

—Pero me ibas a robar...

—André, comprende que no se trata de ningún robo. Tío Maurice dispuso de su fortuna.

—No era suya.

—Según la ley, lo es.

—Yo me río de la ley, porque es injusta.

—Te ríes de otras cosas. Crees que puedes disponer de la vida de los demás.

—Sólo de las que se oponen a mis deseos.

—Doctor —dijo Madeleine—, ¿está usted conforme con lo que dice mi primo André?

—Lo estoy.

—¿Qué clase de médico es usted? Se supone que debe curar a los enfermos y le está ayudando a cometer un asesinato.

André alargó la pistola al doctor.

—Llévesela, Beltoise, y acabe con ella en el sótano.

—Está bien, me la llevaré al sótano, pero no acabaré con ella con la pistola —el doctor levantó un maletín que llevaba en la

mano—. Tengo aquí algo especial para ella.

—No me diga lo que es —contestó André—. No quiero saberlo.

El doctor se hizo cargo de la pistola que había manejado hasta entonces André y apuntó a Madeleine.

—Eche a andar, señorita Lalou, y vaya siempre delante de mí.

La joven sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—No creas que tus crímenes van a quedar impunes, André.

—¿Cuál es la moraleja? ¿El crimen nunca paga?

—Muy pronto se demostrará que es cierto.

—Yo probaré que es un cuento.

El doctor hizo una señal imperiosa.

—Se acabó su tiempo de filosofar, Madeleine. Muévase o me obligará a prescindir de la droga y emplear la pistola.

—¿Se atrevería?

—Póngame a prueba.

—No, ya sé que se atreverá.

—Muy concluyente.

La joven pasó junto a André. Trató de saltar sobre él, pero su primo se retiró al mismo tiempo que le soltaba una bofetada.

La joven se tambaleó y el doctor le apoyó el cañón del revólver en la espalda.

—Madeleine, no te sugestionas con tu disfraz de Barbarella. Ella puede con todos, pero es un monigote, un muñeco, un personaje de fantasía. Tú eres de carne y hueso y tendrás oportunidad de saberlo muy pronto.

La joven, tras su fracaso, salió de la habitación y el doctor Beltoise la siguió apuntando con la pistola.

—¿Dónde está el sótano?

—Bajando la escalera, a la derecha.

Ambos descendieron la escalera y Madeleine fue a ir por la izquierda.

—Dije a la derecha —le recordó el doctor Beltoise.

Madeleine fue en aquella dirección y se encontró con una puerta.

—Abre —ordenó el doctor.

Madeleine hizo girar el tirador.

—Arriba está el conmutador de la luz —explicó Beltoise—. Enciende.

La joven dio la luz y se encontró ante una escalera. Empezó a bajar los peldaños y el doctor fue detrás siempre apuntando con el arma.

Llegaron abajo.

El sótano era amplio. Contaba con un pozo que estaba cubierto por una tapadera metálica.

Madeleine lo señaló.

—¿Es ahí donde va a meter mi cadáver?

—No lo has entendido.

—Pues Explíquemelo usted, doctor.

—Te voy a drogar.

—¿Para meterme en el pozo?

—No seas estúpida. Para llevarte a la clínica.

—Y allí moriré.

—Después que hayas firmado la renuncia a tu parte en la herencia.

—Gracias por concederme una muerte natural, doctor Frankenstein.

El doctor Beltoise se echó a reír.

—Eso tuvo gracia, Madeleine.

—Celebro que se anime. Sé muchos chistes, doctor.

—No me interesan.

—¿Le cuento el de Drácula?

—No, cariño, preferiría que te estuvieses calladita.

—¿Calladita para que me inyecte mejor?

—Eso es. Tiéndete en el suelo.

—No me da la gana.

—He dicho que te tiendas o disparo.

—¿Se atrevería a disparar?

—Lo haré si no me dejas otra opción.

—Entonces, me tiendo.

Madeleine se acostó en el suelo.

El doctor se inclinó y puso la pistola y el maletín en el suelo.

Por un momento, Madeleine pensó en levantarse y arrojarle sobre el doctor, pero existía mucha distancia entre ambos, ya que ella estaba en el fondo y el médico al pie de la escalera.

Beltoise sacó del maletín una jeringuilla y una ampolla.

La ampolla contenía un líquido color verdoso.

—¿Qué es eso? —inquirió Madeleine.

—Adivínalo.

—Menta.

—No.

—Doctor, me decepciona. La menta siempre me ha gustado. Nunca elegí caramelos de otro sabor.

—Basta de tonterías.

El doctor rompió la ampolla por uno de los extremos, introdujo en ella la jeringa y movió el émbolo para absorber el líquido verdoso.

Madeleine se levantó como un rayo y echó a correr hacia Beltoise.

El doctor se agachó rápidamente y tomó la pistola.

—Quieta.

Madeleine frenó para evitar que el doctor disparase.

Beltoise se echó a reír.

—Sabía que en cualquier momento tratarías de sorprenderme, querida.

—Pero no lo he conseguido.

—He estado muy atento. Vuelve a tu sitio.

—Doctor, todavía no me ha dicho qué es eso.

—Una droga más fuerte que el pentotal.

—Un lavado de cerebro, ¿eh?

—Sí, algo así.

—¿Y seré una niña obediente después que me ponga esa porquería?

—Harás todo lo que yo te ordene.

—¿Y qué es lo que ordenará, doctor?

—En primer lugar, que me ames mucho.

—Tendría que inyectarme un cubo de esa droga para conseguir eso.

—Te aseguro que bastará con esa dosis. Anda, tiéndete otra vez en el suelo.

—Doctor, ¿qué le parece si usted y yo llegamos a un acuerdo?

Beltoise se echó a reír.

—¿De qué se ríe, doctor? —preguntó Madeleine.

—De ti, de tu acuerdo. Me vas a ofrecer dinero.

—Sí.

—¿Cuánto?

—Todo. ¿Lo entiende, doctor? Le daré mi parte, la mitad de la herencia de mi tío, a condición de que me deje vivir. ¿No le parece una oferta sensacional? Se podrá quedar con el cien por cien del negocio y para eso le bastaría inyectar esa porquería a su jefe, a André. Mi primo será el que sufra el lavado de cerebro y habrá conseguido veinte millones de francos. Es la gran jugada de su vida.

—Muy bonito.

—Sabía que le gustaría.

—Eres una idiota si crees que me puedes engañar, Madeleine.

—Le aseguro que no le engaño. Yo no tenía nada. Ignoraba que mi tío Maurice me hubiese nombrado su heredera. ¿Qué más me da? Si pierdo el cincuenta por ciento de la herencia, me haré cuenta de que tío Maurice nombró único heredero a primo André, que fue lo que yo siempre supuse. ¿Ve qué sencillo? —sonrió Madeleine—. No pierdo absolutamente nada.

—¿Crees que puedo asesinar y asesinar para hacerme con una fortuna?

—Ya lo está haciendo a cambio de muy poco.

—Tengo bastante.

—Si tenía bastante, ¿por qué se manchó las manos de sangre?

—No quiero que seas mi juez.

—No. Tendrá otro mucho peor, uno de verdad, con toga.

—Eso no ocurrirá nunca, Y ya terminaste de hablar. Tiéndete en el suelo.

Madeleine se sintió desfallecer.

De nada había servido que Jacques le hubiese echado una mano.

El corredor de bólidos estaba ahora muerto.

Tío Maurice también moriría víctima de aquel envenenamiento lento con arsénico.

Y ella, tarde o temprano, también le llegaría su última hora.

Pensó que no podía consentir que el doctor Beltoise le inoculase la droga. El propio doctor le había dicho cuál era su destino. Aquel repugnante Beltoise la haría suya, y más tarde no sabría a cuántas humillaciones la sometería. Era preferible acabar de una vez con una bala en los intestinos.

Echó a andar hacia Beltoise.

—Quieta.

—No, doctor. Ya lo he decidido. Tendrá que matarme.

—¡He dicho que te detengas!

—No, doctor. No me voy a detener. Voy a llegar hasta usted y, si puedo, lo estrangularé con mis propias manos, porque es usted un bicho... Tendrá que pararme con las balas. ¿Lo oye? Solamente con las balas...

—Lo siento por ti, querida.

Madeleine siguió avanzando y vio cómo el doctor arqueaba el dedo en el gatillo, listo para disparar.

CAPÍTULO XV

—¡No dispare! —dijo una voz.

Era Jacques Giraud, que estaba en mitad de la escalera.

El doctor, asombrado, miró hacia allí.

Madeleine estaba muy cerca y se lanzó sobre Beltoise.

Éste había girado la pistola para disparar sobre Jacques.

Y lo hizo.

Pero Madeleine había chocado contra el doctor y la bala picoteó en la pared.

Jacques saltó también sobre Beltoise.

Los tres se vinieron abajo.

El doctor lanzó un aullido y empezó a estremecerse.

Madeleine se dio cuenta de lo que había pasado.

El doctor se había inyectado sin querer la droga verde hasta casi agotar la última gota de la ampolla.

Jacques lo despojó de la pistola.

Los dos jóvenes se levantaron y abrazáronse.

Se besaron en los labios.

—Creí que estabas muerto.

Jacques se tocó la cadera.

—Vi al llegar las enredaderas junto al balcón. Sólo deseé que fuesen fuertes para sostenerme durante unos segundos. Luego tuve que darme mucha prisa para bajar como un mono o habría caído a peso muerto. Sólo sufrí un golpe, pero casi perdí el conocimiento.

—Tenemos que obrar con rapidez, Jacques. Tío Maurice está arriba con André y esa enfermera.

—Entré por la ventana que estaba abierta en el piso bajo y todavía no se dieron cuenta de mi presencia. Vamos a darles el susto del resucitado.

Echaron una mirada al doctor Beltoise. Éste había perdido el conocimiento y tenía los ojos cerrados.

—Imagino que tiene para rato —dijo Jacques.

Salieron al vestíbulo.

No había nadie a la vista.

Subieron la ancha escalera, acercándose silenciosamente al dormitorio donde tío Maurice moría.

Jacques abrió de golpe, entrando con la pistola por delante.

André estaba besando a la enfermera, la señorita Picot.

—Vivan los novios —dijo Jacques—. ¿O debo decir los amantes?

La señorita Picot y André se separaron.

Los dos agrandaron los ojos.

—Sí, soy yo. Jacques Giraud, natural de Marsella, veintiocho años de edad, moreno, de ojos negros, piloto de coches de carreras... Y estoy vivo. Si quieren algún otro detalle pueden informarse en el Club Automovilístico de Burdeos...

—Madeleine —dijo André—. ¿Y el doctor?

—Con su droga.

—¿Qué quieres decir?

—Que se inyectó él mismo por equivocación. Bueno, debo aclararte que Jacques y yo colaboramos un poco.

André tragó aire como si se estuviese ahogando.

—Giraud, apunte a Madeleine y mátele.

—¿Y qué más?

—No me ha dejado terminar... Le daré cincuenta mil francos.

—¿Quién da más por la vida de una joven hermosa de la que estoy enamorado?

—Cien mil.

—Vamos, señor Lalou, su negocio vale veinte millones. ¿No le parece que es demasiado poco teniendo en cuenta lo que va a ganar usted?

—La mitad.

—¿Cómo? ¿Ya da la mitad?

—Eso he dicho. La mitad...

—Era justamente lo que le correspondía a Madeleine. Ha armado un plan para asesinar a su tío y otro para volver loca a su prima. ¿Y por qué? Para quitarle una mitad de la herencia. Y ahora resulta que usted se la ofrece a un recién llegado, a mí... ¿Se da cuenta de su incongruencia?

—¡No se burle de mí!

—No trato de burlarme de usted, sino de meterle en la cabeza que usted ha obrado muy mal y sin sentido.

Madeleine ya había marcado un número en el teléfono, el de la policía.

—Por favor, soy Madeleine Lalou, la sobrina de Maurice Lalou... Mi tío ha sido víctima de un envenenamiento por arsénico. Necesita atención urgente... Su verdugo es mi primo, André Lalou... Está aquí, prisionero... Hay otras personas complicadas... Guy Monnier y el doctor Claude Beltoise... Pero lo más importante es que manden un médico para salvar la vida de mi tío...

Las personas que se habían confabulado fueron atrapadas por la policía aquella noche; André Lalou, el doctor Beltoise, el doctor Collange y la enfermera Picot.

Sólo Guy Monnier logró permanecer libre durante tres días, hasta que fue detenido en una playa de moda de la Costa Azul. Después de su pelea con Jacques Giraud, Guy había preferido huir.

Los cuatro primeros sufrieron condenas gravísimas. Prácticamente, pasarían el resto de su vida en la cárcel.

Guy Monnier fue el que salió mejor librado, con cinco años entre rejas.

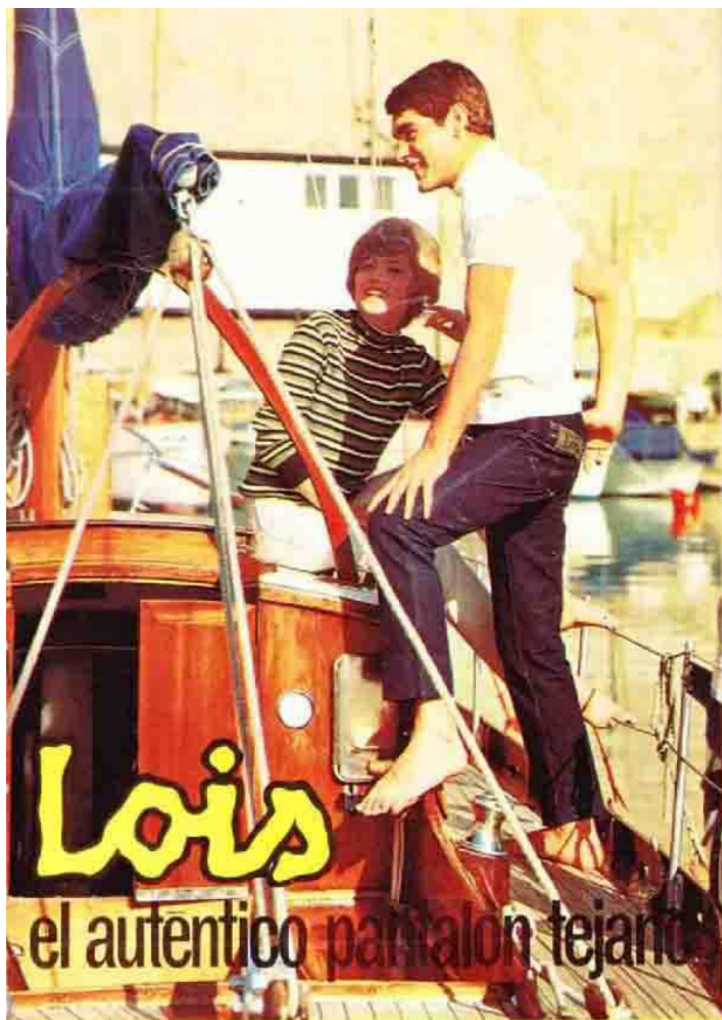
Jacques Giraud participó en las Veinticuatro Horas de Le Mans, pero no ganó. Tuvo que retirarse por avería cuando ocupaba un segundo lugar en la carrera.

Sin embargo, a Jacques no le importó porque había ganado lo más importante antes de que se ventilase la prueba: el corazón de la hermosa Madeleine Lalou.

En cuanto a tío Maurice, mejoró rápidamente y dictó un nuevo testamento nombrando única heredera de su industria textil a su sobrina.

Y un día de primavera, Maurice pudo apadrinar la boda de Madeleine con Jacques Giraud.

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

